



DUETO CADENCE LIBRO 2

*Un amor.
Un destino...*

Definida

POR LA AUTORA DE BESTSELLERS DE LA SERIE STONE

DAKOTA WILLINK

Dakota Willink

Definida

«Tektime S.r.l.s.»

Willink D.

Definida / D. Willink — «Tektime S.r.l.s.»,

Un amor. Un destino... Pero solo se requiere a una persona para hacer caer el castillo de naipes... De la autora de best-sellers de Amazon, Dakota Willink, llega el segundo libro de la serie Cadence, un romance de segunda oportunidad ¡que te dejará sin aliento! Cadence Hace diecisiete años, Fitz Quinn me robó el corazón. Me quitó mi inocencia, y luego me dejó destrozada. Cuando un giro del destino nos unió de nuevo, aprendí rápidamente que ni siquiera el tiempo podría atenuar nuestra química. Fitz estaba más sexy que nunca, exitoso y provocativo. Se había convertido en el hombre que siempre supe que sería, y el calor entre nosotros se volvió insostenible. A pesar de la promesa que me hice a mí misma, las paredes de mi corazón comenzaron a desmoronarse. Antes de que pudiera detenerlo, me había enamorado nuevamente. Pero las cosas son mucho más complicadas ahora. Está en juego la vida. Necesito sopesar mis opciones y decidir si sacrificar mis valores vale la pena para estar con el único hombre que he amado. Fitz Me llaman el solucionador de Washington. Arreglar el error que cometí con Cadence hace tantos años debía ser sencillo. Excepto que no lo es. Las cosas no son las mismas que antes. Cadence es la fuerza impulsora de una organización sin fines de lucro donde maneja cada caso con la determinación de un tiburón. Yo soy el director general de una firma de relaciones públicas, que representa a los clientes que se oponen a todo lo que Cadence representa. ¿Qué dicen acerca de que los opuestos se atraen? Pero Cadence está ocultando algo, lo sé. Ahora estamos en una encrucijada. Necesito decidir si ir en contra de mi padre vale la pena para buscar una segunda oportunidad con ella. Un movimiento equivocado y mi reputación podría ser destruida.

© Willink D.
© Tekttime S.r.l.s.

Содержание

PARTE 2	8
1	9
2	13
3	20
4	24
5	27
6	32
7	37
8	42
Конец ознакомительного фрагмента.	43

Dakota Willink Definida

DEFINIDA

DAKOTA WILLINK

Traducido por ELIZABETH GARAY

DRAGONFLY INK PUBLISHING



DAKOTA WILLINK, LLC

This book is an original publication of Dakota Willink, LLC

**Copyright © 2019 by Dakota Willink
All Rights Reserved.**

De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica sin el permiso del editor. No participe ni fomente la piratería ilegal de materiales con derechos de autor en violación de la propiedad intelectual del autor.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data
Paperback ISBN: 978-0-9971603-8-3
Cadence Defined | Copyright © 2019 by Dakota Willink | Pending

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es totalmente coincidente.

Cover design by Dragonfly Ink Publishing
Copyright © 2019

PARTE 2

“La vida se trata de elecciones. Algunas las lamentamos, otras nos enorgullecen. Algunas nos perseguirán por siempre”.

– Graham Brown

1

Washington, D.C.

EN LA ACTUALIDAD

CADENCE

Me recosté en la silla de mi oficina y sacudí la cabeza. Acababa de terminar de leer otro artículo de noticias que me revolvió el estómago. Cambio climático, atención médica, tiroteos en escuelas, inmigración, escándalos del gobierno: no había escapatoria. Algunos días deseaba poder callar todo el ruido, la política y las injusticias en el mundo. Pero luego estaban los días en que veía que el bien derrotaba al mal, recordándome por qué hacía lo que hacía. Cada vez que veía a los buenos muchachos anotar un punto, hacía que todo valiera la pena.

Miré el panel de corcho gigante colgado en la pared sobre mi computadora, lleno de imágenes de niños y familias sonrientes y notas de agradecimiento. Había cartas de agradecimiento escritas para mí y mis colegas de los ‘Soñadores de Dahlia’, expresando gratitud por nuestro trabajo por mantener a todas esas familias.

Sí. Valía la pena. ELLOS lo valían.

Sonreí para mí misma cuando un golpe sonó en la puerta de mi oficina. Alejando mi mirada de las fotos, dije: “Adelante”.

Joy Martin, mi mejor amiga desde nuestros días en el Campamento Riley, y actual planificadora en jefe, asomó la cabeza. Sonreía ampliamente, sus dientes blancos contrastaban vívidamente con su piel suave de color cacao. Le devolví la sonrisa, siempre agradecida por la sonrisa contagiosa que nunca dejaba de iluminar incluso las habitaciones más oscuras. El nombre de Joy [*Nota de la traductora: Joy en español significa alegría*] encajaba bien: lo transmitía en todas partes. Esa calidad la convertía en un verdadero activo en los ‘Soñadores de Dahlia’. Las personas que atravesaban nuestras puertas necesitaban todas las sonrisas que podían obtener.

“Lo siento, Cadence. Creo que hoy me he quedado atrapada en millones de llamadas en conferencia. Tenía la intención de reportarme antes. ¿Cómo va el día?”. Joy preguntó mientras se dejaba caer en la silla frente a mí.

“Nada mal. Avancé un poco en el caso Álvarez después de que la familia se fue, pero no tanto como me hubiera gustado. Pero, de nuevo, me distraje con una notificación de noticias que apareció en mi teléfono”.

“Chica, ¿cuántas veces te he dicho? Ignóralo antes de que te vuelvas loca”.

“Ya lo estoy”, me reí. “De todos modos, todavía necesito repasar mis notas para mi reunión con Simon Reed. Debe llegar aquí a las tres en punto. Se pondrá de mal humor si no estoy preparada”.

“En realidad, eso es lo que vine a decirte. Él acaba de llamar para decir que está atrapado en la corte y que no puede asistir hoy. Me preguntó si podía venir a verte mañana por la mañana a las nueve”.

“Por supuesto que quiere reunirse en sábado”, gruñí y rodé los ojos. “Quiero decir, entiendo que está haciendo el trabajo pro-bono, pero a veces es un verdadero dolor de cabeza. Si no fuera un gran abogado, lo sacaría de nuestra lista”.

“Ahora, ahora, ten paciencia”, dijo Joy con voz cantarina. “Sabes que solo es un dolor porque te niegas a salir con él”.

“*Com’ sea*”, me despedí, usando deliberadamente uno de los términos favoritos de mi hija porque sabía que se metería debajo de la piel de Joy. Ella odiaba la forma en que la generación más joven acortaba las palabras. “Ya sabes lo que siento con los chalecos tejidos de rombos que constantemente no le van. Son horribles. Además, simplemente no estoy interesada en él de esa manera”.

“Sí, sí, lo he escuchado todo antes”, murmuró ella.

“No empieces con la porquería de ‘Necesito tener una cita’. Suenas como Kallie. Y hablando de eso, la cancelación de Reed significa que puedo llegar a casa temprano y ayudarla a prepararse para esta noche. No estaba segura de si podría hacerlo hasta ahora”.

Joy levantó una ceja perfectamente formada en confusión.

“¿Qué hay esta noche?”.

“El baile de graduación, ¿recuerdas? ¿Incluso, puedes creerlo? Dios, me siento vieja. Parece que ayer estuve allí, y ahora estoy enviando a mi bebé a su propio baile de graduación. ¿Quieres venir y unirte a toda la preparación femenina? Estoy segura de que a Kallie le encantaría que su tía Joy estuviera allí”, añadí.

“¡Ojalá pudiera! Odio perdermelo, pero es mi tercer aniversario de bodas el próximo mes. Marissa estará fuera de la ciudad por trabajo, así que decidimos celebrar temprano e hicimos planes para una pequeña escapada este fin de semana. Conduciremos hasta Filadelfia esta noche”.

“¡Guau! ¿Han pasado ya tres años?”.

“26 de junio, bebé. ¡Un día para los libros de historia!”.

“Seguro que sí”, me reí. “¿Cómo podría olvidar la forma en que saliste a toda prisa de aquí en el momento en que entró el fallo de la Suprema Corte? Tú y Marissa no podían esperar para casarse. ¡Ustedes dos eran como niñas adolescentes en la noche de graduación!”.

Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, las visiones de mi hija de dieciséis años haciendo cosas en las que no quería pensar surgieron en mi mente. Palidecí. Joy, por otro lado, golpeó su palma contra su rodilla y se echó a reír.

“¡Espero que la noche de graduación de Kallie no sea como la noche de mi boda!”.

“No es gracioso. No es gracioso en absoluto”, fruncí el ceño, pero claramente había caído en esa.

“Oh, y otra cosa”, agregó Joy una vez que se calmó de su ataque de risitas. “Tu editor llamó mientras estabas reunida con la familia Álvarez”.

Yo fruncí el ceño.

“Por favor, dime que son buenas noticias. La demora nos está matando. Necesitamos que ese libro sea lanzado pronto si queremos mantener las luces encendidas por aquí”.

“Todo vuelve a estar según lo programado y se lanzará en dos semanas. Los archivos finales te fueron enviados para tu revisión. Ya deberían estar en tu carpeta de Dropbox”.

“¡Increíble! ¡Eso es un gran alivio! Echémosle un vistazo, ¿de acuerdo?”.

Joy se acercó a mi lado del escritorio mientras abría el enlace a mi Dropbox. Efectivamente, encontré un pequeño archivo azul con la etiqueta *‘Y yo sonrío— FINAL’*. Hice clic en él mientras una emoción de excitación se filtraba en mis venas. Cuando la primera imagen llenó la pantalla, no pude detener el aumento de adrenalina que siempre sentía al ver mis dibujos cobrar vida en formato digital. Los colores parecían más nítidos y más vibrantes.

Pero, junto con la emoción, también había un sentimiento nervioso. Aunque había alcanzado varias listas de los más vendidos en el pasado, no había garantía de que volvería a hacerlo en particular con este libro para niños. Los ‘Soñadores de Dahlia’, la organización sin fines de lucro que establecí hace diez años, confiaba en el éxito de mis historias e ilustraciones. Las implicaciones financieras que venían con un posible fracaso siempre pesaban sobre mis hombros. Como todos aquí ganaban

el mismo salario, también tuve que depender de una parte de los ingresos para sustituir mis ingresos personales. Nadie se hacía rico trabajando para una organización sin fines de lucro.

“¡Guau, esto se ve increíble!”. Joy dijo con entusiasmo. “Y si aún no te lo he dicho, me encanta la historia de este. Realmente se relaciona con mi casa. Creo que lo has conseguido”.

“Hmmm... tal vez”, fue mi única respuesta. Miré contemplativamente el texto que se había relacionado para fluir con las ilustraciones.

“¿Qué pasa?”.

“No lo sé. Quiero decir, estoy contenta con eso, pero me pregunto si lo llevé demasiado lejos o lo abordé demasiado de una sola vez”.

“No, no creo que lo hayas hecho en lo más mínimo”. Joy sacudió la cabeza con vehemencia. “Y ‘*Yo sonrío*’ toca todos los aspectos, mostrando cómo el prejuicio es un comportamiento aprendido, sin embargo, no lo hiciste de manera directa si sabes a lo que me refiero. No te lo pienses más. Debería haber más libros para niños como este, en mi opinión”.

“Supongo que estoy nerviosa, eso es todo. Teniendo en cuenta que nuestro financiamiento federal acaba de recibir un recorte drástico, no podemos permitirnos ventas deficientes con este libro”. Tampoco agregué que no podía pagarlo. La factura de la matrícula escolar de Kallie debía pagarse a fin de mes.

Joy retrocedió alrededor del escritorio para recuperar su asiento, luego se inclinó hacia adelante con una mirada de complicidad.

“Cadence, ten un poco más de fe en ti misma. Todo siempre funciona. Además, no te olvides de la próxima gala. Las entradas se agotaron tan rápido que estoy segura de que será un éxito. Tienes algo increíble aquí. Solo piensa en todas las familias que los ‘Soñadores de Dahlia’ ha reunido o en todos los jóvenes estudiantes que tuvieron la oportunidad de ser algo grandioso. Esas personas nunca habrían tenido una oportunidad si no fuera por ti. Eres amada por muchos, y el nuevo libro lo hará muy bien debido a ese hecho”.

Apreté los labios con fuerza, pero no respondí. Quizás me estaba preocupando demasiado. Pero, de nuevo, las vidas estaban en juego. La gente contaba conmigo y con mi equipo.

Eché un vistazo a la hora en la esquina superior de la pantalla de mi computadora. Eran las tres en punto.

“Como Simon no vendrá, terminaré las pocas cosas que me quedan por hacer y luego saldré para estar con Kallie. ¿Te importa hacerte cargo del fuerte por el resto del día?”.

“¿Qué estás esperando?”, Joy agitó las manos en un movimiento de disparos. “¡Vete ya! ¡El baile de graduación es un día especial para ella!”.

Me reí, pensando en el chillido de Kallie después de que finalmente había encontrado el vestido “perfecto”.

“Sí, lo es. Ella también está muy emocionada”, agregué y comencé a apilar las impresiones de información sobre el caso Álvarez. “Me iré en un momento. Solo quiero arreglar este desastre en mi escritorio antes de irme”.

“Bueno, no tardes demasiado”. Joy se levantó para irse. “Diviértete embelleciéndola esta noche, no es que Kallie realmente lo necesite. ¡Esa chica tiene cara de ángel!”. Ella sonrió, pero luego su rostro se inclinó un poco, con lamento evidente en sus ojos. “Me enviarás mensajes de texto con fotos de ella, ¿verdad?”.

Joy nunca se había perdido ni siquiera una fiesta de cumpleaños para Kallie. Sabía que se sentía un poco mal por perderse esta noche. Le brindé una sonrisa tranquilizadora, silenciosamente diciéndole que entendía su situación.

“Joy, es tu aniversario. ¡Disfrútalo! Sabes que te enviaré un mensaje de texto. Demonios, probablemente puedas contar conmigo para hacer estallar tu teléfono con una marca personal más adelante. Será como si estuvieras allí. Ahora, sal de aquí para que pueda terminar las cosas”. Le dije con un guiño.

Una vez que se fue, amontoné los papeles que había recogido para Simon Reed dentro de una carpeta y los puse en el viejo archivador con nuestros casos pendientes. Aún quedaban por resolver otros tres casos. Dos de ellos todavía estaban en proceso, y el panorama era sombrío. Sin embargo, el tercero se había cerrado ayer y había tenido un final feliz. Pensé en el niño que, después de pasar meses separados, se había reunido con sus padres. Su archivo entró en el cajón etiquetado solo con una cara sonriente. En última instancia, ese era nuestro trabajo: crear sonrisas.

Cuando volví a mi escritorio, noté un documento legal que sobresalía por debajo de un cuaderno de espiral. Era una carta de una oferta que me había llegado hacía más de una semana. En un instante, toda mi emoción por Kallie y su baile de graduación desapareció y sentí que mi estómago se desplomaba.

Lo saqué y lo miré, el texto casi me hizo un agujero en el corazón. Eso era lo que sucedía cada vez que miraba la oferta. Había sido por la última parcela de tierra que mis padres tenían en Abingdon, Virginia. La propiedad, todos los ciento cuarenta acres, me la habían dejado cuando fallecieron hacía más de diez años. Había sido su vida y su sueño hasta que murieron.

Suspiré cuando una ola de tristeza se apoderó de mí.

"Todavía te extraño mucho, mamá", le susurré a la habitación vacía.

Apenas tenía veinticuatro años cuando falleció mi madre, mi padre la siguió menos de un año después. Sus muertes casi me aplastaron, especialmente una vez que me di cuenta de que me faltaba el conocimiento y los recursos para mantener su campamento en funcionamiento. Era una madre soltera que luchaba por mantenerse a flote. Tenía que priorizar. Incapaz de pagar la carga impositiva, eventualmente comencé a vender partes de la tierra poco a poco. Utilicé parte del dinero para pagar mis préstamos estudiantiles y para iniciar los 'Soñadores de Dahlia'. Más tarde, vendí más tierras para comprar una casa modesta para Kallie y para mí, pero el distrito escolar no había sido el mejor. Se repartieron más tierras para poder enviarla a escuelas privadas.

Ahora solo quedaban treinta y siete acres. La matrícula escolar de Kallie y el destino de los 'Soñadores de Dahlia' estaban en juego. A pesar de la incertidumbre de mi futuro financiero, dudaba en vender debido a una estipulación importante. El comprador interesado se negó a dividir la propiedad, que incluía la cabaña de verano en la que había vivido con mis padres y el lago cercano.

Mi lago.

Esa era la verdadera razón por la que no me atreví a firmar en la línea punteada. No solo significaría perder la casa de verano de mi infancia. También significaría renunciar al lago. Tan buena como era la oferta, la idea de renunciar a mi lugar secreto y al lugar donde había madurado de niña a mujer, casi me destrozaba. Para mí, sería como vender un pedazo de mi corazón.

Siempre había amado el lago. Contenía una cierta capa de belleza y misterio que me atraía. Consideraba mágicos el sensual aire veraniego y las puestas de sol. Por la forma en que había romantizado el lugar, no era de extrañar por qué era demasiado fácil enamorarse allí.

Los recuerdos reprimidos intentaron resurgir. Luché por alejarlos, pero el esfuerzo fue en vano. Por mucho que quisiera negarlo, en el fondo, sabía que eso era lo que me impedía aceptar la venta. Una venta final me daría el cierre para lo que no estaba segura de estar lista. Significaría finalmente renunciar a él. Significaría que todos los recuerdos que habíamos hecho juntos terminarían siendo solo eso, recuerdos.

2

FITZ

Estaba sentado afuera de un pub irlandés popular en DC, mirando distraídamente el Monumento a Washington en la distancia. Era un día despejado de principios de mayo. Hacía calor, pero el calor del verano aún no había descendido sobre la capital de la nación.

El senador Robert Cochran estaba sentado frente a mí, abriendo su segundo paquete de Marlboro Reds. Cuando prendió su encendedor hasta la punta de otro cigarrillo, estaba convencido de que solo quería estar aquí porque el pub permitía fumar en el patio exterior.

Realmente no era el lugar ideal para conocernos. Hubiera preferido un lugar menos público, como una sala de conferencias privada o una suite en el Hotel Jefferson. Cochran dijo que mi oficina estaba fuera de discusión y entendí por qué no quería que lo vieran entrar a mi edificio. Ninguno de ellos quería ser atrapado allí. Le indicaría a cualquiera que viera que se estaban gestando problemas. Si lo veían, los perros comenzarían a husmear. Surgirían preguntas, lo que provocaría un titular que diría algo como: "El senador Cochran ingresa a la oficina de Washington Fixer". Entonces tendría un desastre aún mayor en mis manos.

Miré a mi alrededor, haciendo un balance de mi entorno. Era entre la hora de la comida y la cena, por lo que el restaurante normalmente lleno estaba casi vacío. Aparte de Cochran y yo, los únicos otros clientes eran dos mujeres sentadas a cuatro mesas de nosotros. Parecían jóvenes, probablemente recién salidas de la universidad. Estaban vestidas profesionalmente con trajes de pantalón y tacones, sonriendo y hablando animadamente. Apenas podía escuchar su charla, pero escuché lo suficiente como para saber que estaban discutiendo sobre política. Sacudí mi cabeza.

Nada de qué emocionarse, señoritas.

Los jóvenes siempre están muy ansiosos. Poco sabían, diez años en DC los endurecería. Perderían esa pelea, toda esa ambición esperanzadora que les hacía creer que podrían cambiar el mundo.

Eché un vistazo a Cochran. También las había notado, pero no las estaba mirando con cautela, como debería. No, en lugar de preocuparnos por las implicaciones de que nos vieran juntos o la posibilidad de que nuestra conversación fuera escuchada, este imbécil estaba ocupado revisándolas. La expresión de su rostro era demasiado familiar: estaba intentando deducir cuál quería empacarse primero.

Repugnante.

Tenía la edad suficiente para ser su abuelo.

"Ojos aquí", murmuré en voz baja. "Ese ojo asombrado es lo que te metió en problemas en primer lugar".

Cochran me miró con expresión estoica.

"Chico, no me des sermones. Puedo controlarme solo", dijo él.

"Si eso fuera cierto, no estaríamos sentados aquí ahora mismo. Si bien no me importa particularmente por quién estés tomando Viagra, a tu esposa sí".

Eso borró la sonrisa de su cara gorda y arrogante.

Robert Cochran no era nada para mirar, pero eso no le importaba a una prostituta de alto precio. Su dinero las tenía a todas compitiendo por su turno en el saco. Patricia, la esposa de Cochran, no era una mujer estúpida. Después de treinta años de soportar sus costumbres, ella finalmente había tenido suficiente y había contratado a un investigador privado. Cochran era descuidado, por lo que no fue necesario ningún tipo de habilidades de investigación estelares para descubrir lo que había estado

haciendo. En cuestión de días, el IP recolectó cientos de fotografías incriminatorias, que Patricia no tendría problemas para filtrar a la prensa si su esposo no pagaba. Por unos geniales cinco millones, ella le daría un divorcio tranquilo y el Partido Republicano evitaría un escándalo embarazoso. El problema era que Cochran no quería darle un solo centavo.

“Por eso quiero contratarlos a ti y a tu empresa para solucionar el problema”, explicó Cochran. “Tu padre dijo que eras el mejor. Se jacta de que su hijo, Fitzgerald Quinn, es el Washington Fixer (*Nota de la traductora: ‘fixer’, como se llama la compañía, significa ‘persona que arregla los problemas’*). No puedo dejar que mi futura exesposa me arruine. Es una perra y sabe lo que está en juego. Es un año de elecciones y no podemos permitirnos perder un solo asiento”.

Lo miré con frialdad, sin importarme la forma en que hablaba de su esposa, la madre de sus dos hijos en edad universitaria. Por lo que sabía de Patricia, parecía una buena mujer. Ella había participado en la comunidad, promoviendo activamente un programa de alfabetización con las esposas de otros senadores de los EE. UU. A los ojos del público, parecía ser la esposa modelo de un funcionario electo. Si bien no sabía cómo era estar casado con ella, sabía que las apariencias lo eran todo. Por eso, también sabía que no había forma de darle un giro positivo a las indiscreciones de Cochran.

“Mi padre tiene razón, yo soy el mejor. ¿Pero no te dijo que no acepto clientes que engañan a sus esposas con putas? Lo siento, Senador, pero has llegado con el tipo equivocado”.

Me puse de pie para irme, pero Cochran me agarró del brazo.

“No me digas esa mierda”, dijo en un susurro. “Sé que has ayudado a tu padre a salir de algunos atascos en el pasado. ¡Baja de ese alto pedestal donde crees estar!”.

Casi me estremezco ante sus palabras, pero había estado en el negocio el tiempo suficiente para saber cómo mantener en su lugar mi cara de póker. Conocía los atascos a los que se refería, pero a quién estuviera follando mi padre, no le preocupaba a Cochran. Aparté mi brazo y me cepillé la manga como si estuviera apartando una mosca. Tomé mi cartera, arrojé una veintena sobre la mesa para pagar el gin tonic que había ordenado, pero que nunca bebí.

“Que tengas un buen día, senador Cochran”, le dije. Sin darle una segunda mirada, casualmente me alejé de la mesa. Estaba seguro de que el viejo estaba furioso, pero no miré hacia atrás y tomé un taxi.

“¿A dónde, señor?”, preguntó el taxista.

“*East End*”, le dije.

El conductor me llevó por el Potomac, pasó por los elaborados monumentos y entró en el corazón de la ciudad. Disminuyó la velocidad hasta detenerse cerca de la Casa Blanca para permitir que un grupo de turistas cruzara el paso peatonal para poder mirar boquiabierto el prístino exterior blanco. Había observado estas vistas innumerables veces, así que para mí, habían perdido algo de su brillo.

Aún así, siempre sentía que D.C. tenía una fuerza silenciosa, una fuerza que era un recordatorio constante de ser el hogar del asiento ejecutivo más poderoso del país. Con sus vastos monumentos, exuberantes jardines verdes, políticos y esperanzados aspirantes a querer llegar a ser candidatos, abarrotaban los cafés y las calles, Washington se sentaba orgullosa como la ciudad más digna de la nación. Conocía la ciudad de memoria. Si bien podía apreciar y comprender su pulso, también lo odiaba. Sí, había belleza, pero también había una crueldad subyacente que no podía ser igualada en ningún otro lado. Uno tenía que entender eso para sobrevivir aquí. Cualquiera que no lo hiciera eventualmente se convertiría en cebo para los tiburones.

Cuando nos acercamos a *East End*, le indiqué al conductor que se detuviera frente a mi edificio en la esquina de New Jersey Avenue NW. Pagué la tarifa y salí. Cruzando el pavimento en unos pocos pasos, empujé para pasar por las puertas dobles de vidrio y fui directamente a las oficinas de Quinn & Wilkshire en el séptimo piso.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, nuestro interior recientemente remodelado apareció a la vista. Una fuente se ubicaba en el centro de la sala de espera, emitiendo el sonido relajante del agua corriente a todas horas del día. Todo estaba impecable, incluido el mostrador de recepción de granito negro y los elegantes muebles de cuero. Los grises apagados, las cremas y los acentos de color burdeos le daban a la agencia de relaciones públicas un aire de confianza y poder, que coincidía con la de los muchos clientes que cruzaban nuestras puertas. Desde políticos hasta estrellas de cine y destacadas figuras del deporte; trabajábamos duro para promover a nuestros clientes, haciéndolos parecer exitosos, honestos, relevantes y lo más admirados posible.

Infelizmente, la gente rara vez se acercaba a nosotros cuando las cosas iban bien. Nuestros clientes solían llamar a la puerta *después* de que la mierda golpeaba al ventilador. Variaba desde una actriz en ascenso que había sido atrapada por la cámara esnifando líneas de coca, hasta un atleta que podía haber celebrado demasiado y haber sido acusado por conducir bajo los efectos de estupefacientes. A pesar de lo que decía la gente acerca de que no existía la mala prensa, la realidad demostraba una y otra vez que no era cierto. La mala prensa nunca era buena. Nuestro trabajo consistía en sacarlos del foco negativo con una campaña positiva de relaciones públicas. Lo hacíamos y lo hacíamos bien.

Al acercarme a mi oficina, mi secretaria estaba allí para saludarme.

“Buenas tardes, Angie”, le dije con un pequeño asentimiento.

“Hola, señor Quinn. Um...”, comenzó ella nerviosamente, “...el otro Sr. Quinn, su padre, está aquí para verlo. Está en su oficina”.

Claro que estaba allí. El idiota de Cochran probablemente lo había llamado.

Pero no dije las palabras en voz alta. Ella podría saber que no me agradaba saber que mi padre había venido aquí sin previo aviso, pero no necesitaba saber qué había sucedido.

Apariencias. Todo trataba de las apariencias.

En lugar de decir más, le di otro asentimiento y continué hacia la puerta de mi oficina. Cuando entré, vi a mi padre parado cerca de la gran estantería de arce manchada de negro en la pared del extremo izquierdo. Parecía estar leyendo los títulos, lo que me pareció extremadamente extraño. Nunca lo había visto leer un libro en su vida, a pesar de su posición con el gobierno de los Estados Unidos.

Mi padre, Michael Fitzgerald Quinn, senador del ‘Old Line State’ [*Nota de la traductora: así se le conoce al estado de Maryland*], luchaba por la perfección. A menudo salía a la luz durante eventos de oratoria en los que nunca dejaba de atraer a una multitud con la meticulosidad de sus palabras. Esa precisión se extendía también a su apariencia. Su cabello gris recortado nunca pasaba más de dos semanas sin un corte, y su rostro siempre estaba afeitado suavemente. Incluso su traje siempre estaba impecable. Maryland, un estado que normalmente votaba por los demócratas, parecía aceptar este gancho, línea y plomada de fachada pulida. Para cualquiera que realmente lo conociera, no era más que un disfraz para esconder al depredador debajo de la superficie.

“Papá”, dije, pasando a su lado y tomando asiento detrás de mi escritorio. Me negué a darle más cortesía de la que merecía.

“Robert Cochran llamó”, dijo, sin perder tiempo en llegar al punto de su visita.

“Supuse que esa era la razón por la que bajaste de Capitol Hill para venir a verme”.

“¿Por qué no estás manejando esto, Fitzgerald?”.

“Porque no quiero”, dije con naturalidad.

“¿Dónde está Devon? No es tan blando como tú. Encárgale eso”.

Nunca fallaba. El hombre rara vez me hablaba más de dos oraciones sin lanzar un tiro barato. Le lancé una mirada de impaciencia mientras contaba mentalmente hasta diez.

“Devon está en el Caribe en unas vacaciones muy necesarias, no es que necesite explicarte el paradero de mi socio. Ha estado trabajando duro. No le pediré que regrese para esta mierda, ni

pondré a otro miembro de mi personal en ello. Arreglar un desastre para un político baboso que no puede mantener su polla en sus pantalones nunca estará en la agenda de la empresa”.

“Tu trabajo es arreglar la publicidad negativa. ¡Si esto se hace público, todo el partido sufrirá!”. Suspiré, molesto porque estaba perdiendo el tiempo y encendí mi computadora.

“Puede que me hayas pintado una imagen como el solucionador de Washington, pero créelo o no, mi empresa se adhiere a un código de ética”, respondí mientras veía el pequeño icono de la manzana iluminarse. No iba a meterme en eso con él, había estado allí, y había hecho eso. Él sabía por qué nunca aceptaría a un cliente como Cochran, incluso si nunca lo entendiera o lo apoyara porque sus manos estaban igual de sucias.

“Ah, olvídale. Es hora de que Cochran renuncie a su asiento de todos modos”, reconoció. “Últimamente ha estado recibiendo calor de ambos lados del pasillo por cuestiones no relacionadas. Claro, no queremos un escándalo, pero al menos nos da una excusa para expulsarlo”.

Levanté la vista, sorprendido de que se rindiera tan fácilmente. Mi padre nunca caía sin luchar.

“¿Entonces eso es todo?”, pregunté incrédulamente.

“¿Por qué discutir sobre eso? Sé como piensas. Eres débil, a pesar de todos mis esfuerzos por endurecerte. La única razón por la que te niegas a tomar su caso es por lo que sucedió entre tu madre y yo”.

Mi sangre comenzó a hervir al mencionar a mi madre. El maldito bastardo nunca perdía la oportunidad de mencionarlo. Todavía lo odiaba por lo que le había hecho, pero le encantaba recordármelo en cada maldita oportunidad.

“Oh, ¿te refieres a cómo la dejaste en la estacada después de que se enfermó?”.

Él se rió, con un sonido implacable y cruel mientras se sentaba en la silla frente a mí.

“Necesitas dejarlo pasar. Ella se marchó hace ya casi treinta años. Crees que no soy mejor que Cochran, pero hay algunas cosas que nunca entenderás, hijo”.

Mis dedos se apretaron alrededor del ratón de la computadora debajo de mi palma.

“Vete”, dije entre dientes, luchando contra el instinto de gritar. Normalmente estaba tranquilo, racional, excepto cuando se trataba de mi padre. Siempre sabía presionar los botones correctos. Aflojé el agarre del ratón de la computadora y fingí hacer clic en los correos electrónicos, necesitando una distracción antes de golpear al viejo.

Lamentablemente, continuó.

“¿Crees que no sé cómo te sientes? Te conozco mejor de lo que te gustaría admitir, y sé cuán leal fuiste y sigues siendo a la memoria de tu madre”. Hizo una pausa y se frotó la barbilla contemplativamente. “Pero, de nuevo, podríamos usar eso para nuestra ventaja. Perdiste a tu madre cuando eras solo un niño..., los votantes pueden demostrar simpatía. Tendríamos que realizar una encuesta, por supuesto. Eso combinado con...”.

“¿De qué estás hablando?”. Lo interrumpí. Sus divagaciones me estaban desgastando. Solo quería que él llegara al punto, y luego se fuera de mi oficina. “A los votantes no les importo. Solo les importan los políticos que terminan siendo mis clientes”.

“Se preocuparán mucho por ti en noviembre”.

¿Noviembre?

Lo miré con cautela. Mi padre siempre tenía una agenda egoísta, y estaba empezando a pensar que no había venido aquí solo por el tema de Cochran.

“¿Por qué viniste realmente a verme hoy?”, pregunté con cautela.

“No pasará mucho tiempo antes de que Cochran anuncie su renuncia. Su intento de contratarte fue simplemente un último esfuerzo. Él sabe que está fuera. Una vez que renuncie oficialmente, habrá un puesto vacante en Virginia. Serás tú quien lo llene”.

Sacudí mi cabeza, mis sospechas confirmadas.

Otra vez esto, no.

Había mencionado el tema de mi postulación para un cargo varias veces antes, pero no lo había tomado en serio. Sin embargo, había algo diferente en su expresión esta vez que hacía que mi interior se enfriara.

“Ya te lo dije antes, no me interesa la política”.

“No importa cuáles sean tus intereses. Ya no tienes otra opción”.

Ignoré su comentario y lo despedí.

“¿No tiene Bateman ya una picazón por postularse?”, pregunté, recordando una entrevista que había visto en uno de los canales de noticias locales hacía unos meses. “Deja que lo haga”.

“Bateman es un idiota. Se balancea demasiado fácilmente hacia el otro lado y no es seguro que gane. Ya he hablado con otros miembros del partido. Tú eres la garantía, no Bateman. Tienes el pasado y las conexiones familiares para hacerlo. La gente vota por aquellos que los hacen sentir cómodos. Y tú lo eres, Fitzgerald”.

“Estoy feliz de hacer lo que estoy haciendo. Devon y yo tenemos un negocio exitoso y lucrativo que no descuidaré. Incluso si quisiera, sería imposible. Las primarias son en dos meses. No puedo armar una campaña en tan poco tiempo”, insistí.

“Ya obtuvimos los números del comité exploratorio que reuní”, continuó como si no hubiera escuchado una palabra de lo que decía. “El Comité Senatorial Republicano Nacional ha acordado respaldarlo. No quieren a Bateman, pero tampoco quieren parecer sesgados. Si decide lanzar su sombrero a la carrera, no lo detendrán, pero tampoco obtendrá su pleno respaldo. Una vez que Cochran renuncie, será como si la carrera no hubiera sido disputada”.

“Incluso sin mi consentimiento, te adelantaste y pusiste la bola en movimiento”. Sintíendome incrédulo, me recosté en la silla y sacudí la cabeza. “A veces eres realmente increíble. Crees que tienes todo esto resuelto, ¿no?”.

“Tu mayor preocupación será en noviembre. Las encuestas muestran que una mujer de Richmond ganará las primarias demócratas. Ella es la única que se interpone en el camino de que tomes el asiento de Cochran”.

Me incliné hacia adelante, extendí mis manos sobre mi escritorio y lo miré directamente a los ojos.

“No me postularé”, dije por segunda vez en menos de cinco minutos. “Y si tuviera algún deseo de hacerlo, ciertamente no sería para tu equipo”.

Mi padre se puso de pie y golpeó su puño contra el borde del escritorio.

“¡Maldición! ¡No trates de jugar conmigo! ¡Es hora de crecer, Fitzgerald!”, él gritó. “Tu pequeño negocio solo es exitoso porque yo hice que lo fuera. Te dejo divertirte, ¡pero el tiempo de jugar se acabó! Deja que Devon dirija el espectáculo por un tiempo. Esto harás por tu país y por el partido, ¡el partido con el que estás registrado!”.

“¿Y si no?”, pregunté con una ceja arqueada. Podía enfurecer todo lo que quisiera. Me negaba a mostrar una pizca de intimidación.

Cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la barbilla hacia arriba. Su ira se disolvió lentamente en algo helado, casi siniestro, mientras me miraba fijamente por encima de la nariz.

“Entonces filtraré tu pequeño percance con esa chica durante tus años en Georgetown”.

Estreché mis ojos hacia él.

“Eso fue hace años, y fue un trágico accidente. Lo sabes tan bien como yo. Ya no soy un niño. No puedes amenazarme y seguir manteniéndolo sobre mi cabeza”.

“¿No puedo?”. Él sonrió con una amplia sonrisa mostrando sus dientes. “Creo que la prensa se comerá una historia sobre una niña pobre que se ahogó por tu culpa, ya fuera un accidente o no. ¿Puedes imaginarlo? El reparador de Washington no pudo arreglar su propio desastre. Papi tuvo que rescatarlo. Tu vida se arruinará. Tu negocio se hundirá. Y tu hijo sufrirá las consecuencias”.

Palidecí cuando una sensación de temor comenzó a filtrarse en mis huesos. No me importaba una mierda lo que me hiciera, pero mi hijo era algo completamente diferente. Él era mi vida. Mi responsabilidad. Toda mi razón de vivir.

“No le harías eso a Austin. No puedes”.

“Puedo y lo haré. Y hablando de tu hijo...”, escupió, enfatizando la palabra como si dejara un sabor amargo en su boca. “...Ya es hora de que te encuentres una nueva esposa. Bethany se fue hace casi once años. Los votantes querrán verte mostrar fuertes valores familiares. Más estabilidad”.

Mi estómago se desplomó. Era como si estuviera viendo una repetición de mi vida, el pasado constantemente en repetición. No dejaría que me volviera a hacer esto. Puse los ojos en blanco en un débil intento de mostrar que sus amenazas no me afectaban.

“Tienes que estar bromeando. La vejez debe estar jodiendo tu mente. Con todo lo que estoy pasando, apenas tengo tiempo para salir, y mucho menos pensar en casarme”.

“¿Apenas? ¿Cuándo fue la última vez que saliste con una mujer?”.

Mi mirada se entrecerró.

“Eso no es asunto tuyo”.

“Bueno, ahora lo estoy haciendo mi asunto. No trates de jugar conmigo como si fuera un tonto. Sé por qué no has tenido citas. Todavía te lamentas por esa chica de... ¿cuánto tiempo ha pasado ahora? ¿Dieciséis años? La chica de...”.

“Detente. Ahora. No tienes idea de lo que estás diciendo”, gruñí. “No tengo citas por Austin. No necesita confundirse con las mujeres que entren y salgan de mi vida. Me enseñaste muy bien cómo es eso. No seguiré tu ejemplo”.

Él resopló y dejó escapar otra risa cruel.

“Mañana por la noche tengo una reunión programada con los líderes del RNC. Haré que mi secretaria te envíe los detalles. Asegúrate de estar allí. Necesitamos discutir la estrategia de campaña. El tiempo corre”, advirtió como si yo no hubiera dicho una sola palabra. Se movió hacia la puerta para irse. El imbécil en realidad parecía imperturbable. Confiado incluso.

Entonces... se fue. A sus ojos, el asunto estaba resuelto. Me senté en mi escritorio, sintiéndome relativamente aturdido mientras contemplaba qué demonios había sucedido.

Me froté la cara con las manos, la sombra de los cinco se frotó con fuerza contra mis palmas. Me levanté de detrás de mi escritorio, me acerqué a la barra de bebidas y me serví un trago fuerte. De un solo trago, el Etiqueta Negra de Johnnie Walker me quemó y calentó mis entrañas. Ahora, solo con mis pensamientos, me acerqué a la ventana que formaba la pared del fondo y miré distraídamente el tráfico.

No tenía intención de postularme para un cargo, pero las amenazas de mi padre se avecinaban. Tenía que pensar en Austin. Si bien lograba proteger a mi hijo de la crueldad de mi padre, supe que no era estúpido. A los quince años, podía ver mucho de mí mismo en él, algo bueno, algo malo. Había un lado rebelde en él que me preocupaba. Si bien sentí que tenía una buena relación con él, últimamente habíamos estado en la garganta del otro.

Malditos adolescentes.

De cualquier manera, era posible que pudiera soportar la vergüenza de un escándalo de casi veinte años, pero no estaba seguro de si Austin, un adolescente impresionable, podría manejarlo. Tampoco pensé que una campaña política rigurosa y el escrutinio público que venía con ella, fuera una mejor alternativa.

“A la mierda con esto”, susurré y arrojé el contenido restante de mi bebida. Observé el vaso vacío, luchando contra el impulso de servir otro. El alcohol no era la respuesta, un hecho que entendía muy bien.

¿Qué estoy haciendo?

En ese momento, necesitaba una forma de superar toda la locura, pero ahogarme en una bebida no era la respuesta. Un trote rápido por el centro comercial *National* era lo único que realmente

aclararía mi mente. Normalmente, corría por la mañana cuando la temperatura estaba más fría, pero un buen sudor sería la terapia perfecta después de escuchar el ultimátum de mi padre.

Aflojándome la corbata, me dirigí al baño privado adjunto a mi oficina para ponerme la ropa de correr. Mientras me quitaba la camisa de vestir de Calvin Klein abotonada, vi mi tatuaje en la parte superior del brazo en el espejo. Lo miré mientras las palabras de antes de mi padre llenaban mi mente.

“Todavía estás sufriendo por esa chica...”

Cuando lo dijo, casi me reí. No sabía sobre las muchas noches que desperdiicé después de la muerte de Bethany, ahogándome en una botella de whisky y follando a cualquier cuerpo sin nombre que estuviera dispuesto. No estaba de luto por la muerte de mi esposa como debería haber estado. En cambio, usé a las mujeres y bebí como si tuvieran el poder de borrar lo que realmente había perdido. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que nunca me libraría del vacío que había sentido desde el día en que dejé atrás mi primer y único amor.

Los recuerdos que luché por suprimir durante años salieron en primer plano: recuerdos de Cadence. La imagen de su rostro nubló mi visión. Por mucho que lo había intentado, no podía olvidar una cara como la de ella.

Nuestro comienzo pudo haber sido común y posiblemente olvidado si hubiera sido cualquiera, menos ella. Con su larga cabellera dorada y la chispa en sus llamativos ojos esmeralda, nadie podía decir que Cadence era bonita. Era demasiado impresionante para usar una palabra tan mundana. Cadence no sólo era bonita. Era hermosa. Y a diferencia de la mayoría de las mujeres con las que me había cruzado en mis treinta y nueve años en esta tierra, su belleza no era sólo superficial. No tenía remordimientos y tenía un entusiasmo por la vida que no podía igualar a ninguna otra. Era delicada, pero tan motivada y decidida.

Incluso desde los veintidós años, sabía que sería la mujer que pasaría el resto de mi vida buscando, pero que nunca podría aferrarme a ella. Ella era exquisita y aún así era mi mayor arrepentimiento. Éramos tan jóvenes, y nuestro tiempo juntos había sido demasiado corto. Había sido un verano. Eso había sido todo lo que pude tener con ella. Pero era el verano que había cambiado mi vida.

3

CADENCE

“¡Oh, Kallie! ¡Solo mírate!”. Me atraganté, parpadeando las lágrimas que brotaban de mis ojos. “¡Te ves tan bonita!”.

Mi hermosa hija sonrió mientras bajaba las escaleras de nuestra modesta casa de estilo Cape Cod. Su cabello estaba recogido en un mechón francés, dejando solo unos mechones de cabello rubio que se rizaban alrededor de su rostro. Su maquillaje, aunque había pasado una hora perfeccionándolo, era sutil y acentuaba sus ya impresionantes rasgos.

Después de bajar el último escalón, Kallie giró lentamente en círculo. Su vestido azul pálido giraba a su alrededor, haciendo que los pequeños detalles de la secuencia brillaran a la luz que centelleaba a través de la ventana panorámica de la sala de estar. Si tuviera alas, uno juraría que era un ángel enviado del cielo.

“No te muevas”, dije y rápidamente me moví hacia el final de la mesa. Quería capturarla tal como era, necesitaba congelar este momento en el tiempo. Abrí el cajón y rebusqué en el contenido. Controles remotos de TV, baterías viejas y cables de alimentación, nada de lo cual estaba buscando. “Maldición. Podría haber jurado que estaba aquí”.

“¿Qué estás buscando?”, preguntó Kallie.

“Mi cámara buena. Creo que podría estar arriba en mi mesita de noche”.

“Mamá”, se quejó Kallie. “Ya tomaste cien fotos con tu teléfono. Mis amigos estarán aquí en cualquier momento”.

“Sí, pero la calidad del teléfono no es tan buena. Déjame subir y tomar mi cámara. Tenemos tiempo. Se supone que la limusina estará aquí en otros diez minutos”.

“Ugh”, gruñó ella.

“Oh, silencio. Solo me tomará un segundo ir por ella”, le dije y corrí escaleras arriba hacia mi habitación.

Efectivamente, tan pronto como abrí el cajón, encontré la costosa Nikon encima de un montón de otra parafernalia. Había sido un raro derroche para mí, una compra impulsiva que hice cuando Kallie comenzó la escuela secundaria. Vino de una comprensión repentina de que me estaba quedando sin tiempo. Era extraño. Cuando era pequeña, solía desear que creciera. Quería que ella hablara, caminara y comiera ella sola. Los días siempre parecían tan largos, pero su infancia había pasado notablemente rápido. Ahora, daría cualquier cosa por recuperar ese tiempo. Pronto sería una adulta legal, lista para embarcarse en la próxima fase de su vida. Las fotografías nunca reemplazarían los recuerdos que compartíamos juntas, pero al menos tendría las imágenes para mirar atrás.

Cogí la cámara y estaba a punto de cerrar el cajón, pero lo que había debajo de la cámara me llamó la atención. Me detuve y lo tomé. Era una tarjeta del Día de la Madre que Kallie me había hecho cuando estaba en la escuela primaria. Si recordaba bien, tenía ocho años cuando la había hecho.

Bajándome lentamente para sentarme en el borde de la cama, miré el papel de cartulina rosa desvaído. De repente me sentí muy vieja, a pesar de que apenas tenía treinta y cinco años. Parecía que había sido ayer cuando llegó a casa de la escuela con esta tarjeta. Ella había estado tan emocionada. Había sido un viernes, pero no podía esperar hasta el domingo para dármela. Sin embargo, rápidamente se sintió decepcionada cuando llegó el Día de la Madre y se dio cuenta de que no tenía una sorpresa para darme. Decidida a cumplirme, casi inició un fuego con la tostadora al intentar prepararme el desayuno y llevármelo a la cama.

Sonreí al recordarlo. Kallie era así. Incluso cuando era niña, siempre ponía a otras personas primero y estaba orgullosa de llamarla mi hija. Era difícil de creer que se dirigía a su primer baile de graduación. Aunque ella me aseguraba que su cita era solo un amigo, todavía me preocupaba. Ella estaba creciendo demasiado rápido.

“¡Mamá! ¡La limusina acaba de llegar!”, gritó Kallie, separándose de mis pensamientos.

“Ya voy, ya voy”, respondí y me puse de pie para bajar las escaleras. “Calma. No salgas corriendo por la puerta. Tu cita debe entrar y presentarse”.

Cuando llegué al pie de las escaleras, pillé a Kallie rodando los ojos.

“Sabes que te amo, mamá, pero caramba. Te dices feminista y a veces tienes algunas ideas realmente anticuadas”.

“No hay nada de malo en que te cortejen adecuadamente. Es una señal de respeto”, respondí.

“No acabas de decir ‘cortejen’, ¿cierto?”. Sus ojos se abrieron con incredulidad.

“¡Bien, bien! Me atrapaste en esa”, me reí. “Quizás a veces estoy un poco pasada de moda. ¿Qué puedo decir? Soy tu madre y vas a ir al baile de graduación. Es mi trabajo preocuparme en que un chico te trate con respeto”.

“Te lo he dicho mil veces. Él es solo un amigo de mi clase de francés. Me está haciendo un favor porque no tenía una cita. Además, es un año menor que yo. ¡No puedo salir con un estudiante de segundo año! Sería como romper las reglas o algo así. ¡No se supone que las chicas salgan con chicos más jóvenes!”.

Con la lengua en la mejilla, sonreí.

“¿Así es eso?”.

“Sí, mi amiga Gabby dijo...”.

Sonó el timbre, interrumpiendo lo que fuera que iba a decir. Apenas tuve un momento para reaccionar. Kallie estaba en la puerta en un instante.

“Hola”, la escuché decir después de que abrió.

“Hola, Kallie. ¡Guau, te ves genial!”, dijo una voz masculina. No podía ver su rostro porque Kallie lo estaba bloqueando de la vista. Me acerqué a la puerta, necesitando hacer un balance del niño que estaba aquí para sacar a mi bebé. Cuando Kallie me escuchó venir a su lado, hizo las presentaciones.

“Mamá, este es Austin. Austin, mi madre”.

“Es un placer conocerla, ah... Sra. Riley”, dijo con una sonrisa tímida.

Empecé a devolverle la sonrisa, pero vacilé. Había algo familiar en él. Era extraño. Me recordaba a...

Parpadeé dos veces, tratando de sacudir una inquietante sensación de *déjà vu*. Lentamente extendí mi mano para estrechar la suya.

“Austin, es un placer conocerte también”.

Mis palabras fueron vacilantes, cautelosas. Conocía su rostro de alguna parte. Esos ojos. Gris penetrante con manchas oscuras. Esa sonrisa torcida. El cabello era un poco más claro, pero...

No. No puede ser. Tan solo me siento nostálgica por haberme topado con la tarjeta del Día de la Madre.

“Mi madre quería tomar más fotos”, le dijo Kallie. “Vamos a pedirles a todos que salgan de la limusina para que podamos obtener una foto grupal”.

Parpadeé de nuevo.

Sí, fotos. Necesito tomar fotos.

Sacudí mi cabeza para aclararme y seguí a Kallie y Austin afuera. Después de que el grupo de doce adolescentes de la preparatoria de St. Aloysius se reuniera en una fila, tomé algunas fotos de todos ellos con sus trajes de etiqueta y vestidos largos. Se pararon formalmente unos, mientras que otros posaron para que yo pudiera capturar tomas tontas de ellos saltando o haciendo caras tontas el uno al otro. Con cada imagen, traté discretamente de ver mejor a Austin a través del visor. Era

tan extraño que sentí que me habían catapultado a través de una especie de deformación del tiempo retorcida. Una sensación de temor comenzó a asentarse sobre mí.

Kallie y sus amigos comenzaron a ponerse nerviosos, ansiosos por comenzar su gran noche. Los detuve lo suficiente. Bajé la cámara y los apresuré hacia la limusina.

“¡Que la pasen bien!”. Grité al grupo cuando comenzaron a subir al auto que los esperaba. Kallie me lanzó una sonrisa radiante que solo intensificó el nudo que se formaba en mi estómago. Por impulso, le indiqué que se acercara a mí.

“¿Qué pasa?”, preguntó ella apresuradamente.

“Que te diviertas. No bebas. Comportate y mantente a salvo”. Le picoteé la mejilla con un beso ligero.

“Vamos, mamá. Ya sabes como soy. Siempre me porto bien”.

“No me preocupas tú”, le dije, mirando a Austin. Kallie captó la dirección de mi mirada y puso los ojos en blanco.

“Relájate. No tienes que preocuparte por Austin”, trató de asegurarme.

“¿Estarás en casa a las once?”.

“¡En punto!”.

Ella me dio un breve abrazo antes de volver para reunirse con sus amigos, pero la agarré por el brazo. Tenía que saber si solo estaba imaginando cosas.

“Kallie, ¿cuál es el apellido de Austin?”.

Su ceño se frunció en confusión ante mi pregunta.

“Quinn. ¿Por qué?”.

Mi estómago cayó a mis pies y mi corazón comenzó a acelerarse.

No. ¡No, no, no!

Las probabilidades tenían que ser de una en un millón.

Era inconcebible.

Las posibilidades eran demasiado grandes.

Una imagen de un recorte de periódico que había guardado años atrás apareció en mi mente. Sabía que Fitz se había establecido en algún lugar del área de DC, pero dejé de seguir su paradero después del nacimiento de Kallie. Tenía que hacerlo. Era la única forma en que podía sobrevivir emocionalmente.

Pero ahora esto.

Podría ser solo una coincidencia, pero en el fondo sabía que no era así. Era posible, incluso probable. Las similitudes en la apariencia física entre Austin y Fitz eran demasiado cercanas para descartarlas como una casualidad. Y compartían el mismo apellido.

Esto en realidad no me puede estar pasando. Ahora no. No después de todo este tiempo.

Por lo que Kallie sabía, yo desconocía quién era su padre. Mentí para protegerla, y no sabía cómo decirle la verdad en ese momento. Éramos cercanas, pero podría no perdonarme por esto. Era su noche de graduación, y el secreto de diecisiete años estaba a punto de arruinarse y destruir cualquier otra creencia que ella mantenía.

“Mamá, ¿estás bien?”, preguntó Kallie, con preocupación evidente.

Miré a mi hija. Tan joven e inocente. Justo como yo lo fui una vez.

Dios, ayúdame. ¿Qué hago?

Agarré sus antebrazos con fuerza, luchando contra la abrumadora necesidad de vomitar.

“Kallie, prométeme que Austin es solo un amigo”.

Sus ojos se abrieron como si me acabaran de crecer cuernos.

“¡Sí! Tranquila, mamá. Estás demasiado preocupada por esto. Es solo una fiesta de graduación. ¿Qué vas a hacer en un par de semanas cuando me vaya a Montreal para el viaje de la clase de francés? Estaré bien esta noche y volveré antes de que te des cuenta”.

Me vino a la mente un destello de lo que había dicho antes sobre Austin. En una fracción de segundo, mis nervios ya deshilachados parecían desgarrarse por completo.

“Kallie, dijiste que Austin estaba en tu clase de francés. ¿Él también se va de viaje?”

“Mamá, para. Tal vez cuando llegue a casa esta noche, podamos quedarnos despiertas hasta tarde y ver un viejo musical o algo así. ¿Con palomitas de maíz? ¿Como solíamos hacerlo cuando era una niña pequeña? Después de todo, tengo dieciséis años y voy a cumplir diecisiete...”, ella se acercó con voz cantante, repitiendo la letra de una canción de *‘La Novicia Rebelde’*. Se inclinó para abrazarme una vez más, pero ni sus palabras, ni su abrazo, me hicieron sentir mejor.

Miré a la limusina. Todos sus amigos ya se habían amontonado en el interior, solo esperaban a Kallie.

“Claro cariño. Suena divertido”, respondí distraídamente, sintiendo que estaba en la Dimensión Desconocida.

No la detuve cuando finalmente se alejó. Quizás debería haberlo hecho, pero no sabía cómo explicarlo. No había una buena manera de decirle a mi hija, que de todas las personas en todo el mundo, con quien iba al baile de graduación era con su medio hermano.

4

CADENCE

Una vez que la limusina se alejó, regresé a casa. Sintiendo como si estuviera en trance, de alguna manera me las arreglé para poner un pie delante del otro y fui pesadamente a la cocina. Pensé en llamar a Joy, ya que ella conocía toda la verdad, pero no quería ser una carga mientras celebraba su aniversario. En cambio, fui al refrigerador en busca de una bebida, preferiblemente una fuerte.

Desafortunadamente, todo lo que encontré fue una botella de champán medio vacía que sobró de la víspera de Año Nuevo, casi seis meses antes y unas pocas botellas de cerveza, normalmente reservadas para los invitados. Suspiré e hice una nota mental para comenzar a almacenar más alcohol en la casa. Decidí que una cerveza sería mejor que una champaña rancia, me quité la gorra y subí a mi habitación.

En el camino, me detuve en la habitación de Kallie para apagar la luz que había dejado encendida. Como de costumbre, parecía que un huracán había estallado y había dejado ropa esparcida a su paso. Navegué por el laberinto hasta llegar a la lámpara. Cuando fui a apagarla, vi el viejo y desgastado oso de peluche sentado a los pies de su cama. Ella se había aferrado a él desde que era una niña, y nunca sintió vergüenza adolescente por tener a su compañero de infancia en la cama. El amor y la adoración por mi hija me invadieron. Ella era tan fuerte, siempre dispuesta a comprometerse para complacer a los demás, y eso me enorgullecía mucho. Ese orgullo me hizo sonreír cuando alargué la mano para apagar el interruptor de la lámpara antes de regresar a mi habitación.

Una vez allí, abrí la puerta de mi armario y busqué la caja de zapatos escondida en el estante superior. Tenía que estar absolutamente segura antes de tener un ataque de pánico completo sobre lo que podría ser una coincidencia o un recuerdo fallido. Dentro de la caja había cartas que le había escrito a Fitz, mientras estaba embarazada de Kallie pero que nunca había enviado. No sé por qué las guardé a lo largo de los años. Quizás supe que algún día me enfrentaría a algo como esto. Las cartas eran la única prueba y justificación que tenía para guardar tal secreto. Kallie no era la única en la oscuridad.

Fitz tampoco sabía de ella.

Acomodándome en la cama, puse la cerveza en la mesita de noche y soplé el polvo de arriba de la caja. Lentamente, levanté la tapa. En la parte superior había un paquete de sobres asegurados con una banda elástica. Saqué la pila y la puse a un lado. Debajo había recortes de periódico y el cartel de 'Singin' in the Rain'. Lo abrí y volteé hacia atrás para encontrar la foto grupal de todos los miembros del personal del Campamento Riley. Habiendo memorizado la ubicación de Fitz en la foto hace años, lo localicé fácilmente y pasé el dedo sobre su imagen. Observé la foto amarillenta por un largo rato. Era una cara que no había visto en mucho tiempo, pero que nunca logré borrar de mi memoria. Luego, esta noche, esa misma cara apareció en mi puerta para llevar a Kallie al baile de graduación.

Volví a colocar la imagen dentro de la caja y examiné el resto del contenido, descubriendo un cuadrado de papel doblado.

El adivino chino.

No necesitaba abrir el origami que Fitz me había entregado ese último día para saber qué decía cada fortuna. Había memorizado las palabras que había escrito hace mucho tiempo.

Las puestas de sol siempre te pertenecerán.

Cuando esté oscuro, te recordaré que encuentres la luz.

Siempre sostendrás mi corazón.

Dejarte siempre será mi mayor arrepentimiento.

Tragando el nudo que comenzaba a formarse en mi garganta, tomé el montón de sobres. La banda elástica, quebradiza por el tiempo, se rompió cuando intenté quitarla, haciendo que las cartas cayeran sobre mi regazo. No importaba. Aunque hubieran estado apiladas en el orden en que habían sido escritas, recordaba la fecha de todas y cada una de ellas. Abrí el sobre que descansaba sobre la pila ahora desordenada. Sacando el papel rayado del interior, comencé a leer. Era la última carta que le escribí a Fitz.

Al guardián de mi corazón:

No debería comenzar esta carta dirigiéndome a ti de esta manera, especialmente porque se parece más a un 'Querido Juan', que a cualquier otra cosa. O tal vez no es un 'Querido Juan' ya que ni siquiera estamos juntos. De cualquier manera, no puedo evitar seguir llamándote el guardián de mi corazón porque así es como siempre serás para mí, sin importar lo que la vida nos haya dictado.

Nuestra hija vino al mundo hace una semana. La llamé Kalliope porque el sonido de su llanto, el día que nació, fue como música para mis oídos. El nombre proviene de la mitología griega y significa "voz hermosa". Quizás estoy más en sintonía con los talentos musicales de mi madre de lo que había pensado originalmente.

Kallie, como he llegado a llamarla, es la bebé más bonita que he visto. Desearía que pudieras conocerla, pero tan segura estoy de que nunca te enviaré esta carta, que sé que nunca lo harás. Hoy vi una foto tuya, de tu padre y de tu esposa en el periódico. Fue tomada en una función política en apoyo de tu padre. Por lo que parece, pronto serás hijo de un senador de los Estados Unidos. Te veías tan orgulloso en la foto, y sentí mi corazón estallar de admiración por tu fuerza para soportar una vida en la que no tenías muchas opciones. Pero la foto también me puso triste. Verás, tampoco pude evitar notar el pequeño bulto de tu esposa.

Desearía que las cosas pudieran haber sido diferentes para nosotros, pero acepto la elección que hice. Nunca me arrepentiré del tiempo que tuve contigo. Fue especial y siempre será apreciado. Sin embargo, me he dado cuenta de que no puedo mantener la esperanza de que quizás te rebelas contra tu padre y vuelvas a mí. Necesito dejarte ir. Estar conmigo solo causaría un escándalo para tu familia. Ese tipo de atención no sería justo para ti. No necesitas que tus errores pasados se conviertan en el centro de atención, incluso si lo que sucedió en Georgetown fue un trágico accidente. No sería justo para tu hijo nonato, ni sería justo para mí o para Kallie.

Y lo más importante, me di cuenta de que tenías razón sobre mí. No merezco ser "la otra mujer", y ciertamente no quiero que Kallie crezca con una nube de ilegitimidad sobre su cabeza. Por eso nunca te contaré de su existencia. Por eso esta será mi última carta. Tengo que pensar en Kallie ahora. Mi hija. Mi nueva razón de vivir. Ella es mi prioridad, así como tu prioridad debería ser tu nueva familia. Necesito proporcionarle una vida, incluso si eso significa crear una vida sin ti.

Las lágrimas nublaron mi visión y apenas pude leer mi propia firma en la parte inferior. La carta se deslizó de mis dedos y cayó sobre mi regazo. Lo que acababa de leer, aunque era cierto, eran divagaciones de una adolescente con el corazón roto que se había visto obligada a crecer demasiado pronto. Había sido demasiado abierta y confiada. El primer amor era ingenuo. No me contuve en el amor que le di, sino que voluntariamente le di cada onza dentro de mí. Y lo tomó todo, sin dejar espacio para que otro hombre se mudara. Mi cabeza nadó con recuerdos mientras limpiaba las lágrimas a toda prisa.

Busqué en la caja de zapatos una vez más, necesitando localizar el artículo del periódico que había forzado mi decisión hacía tantos años. Ahora, el artículo podría ser una confirmación de que Austin era exactamente quien sospechaba. No fue difícil de encontrar entre los recortes cuidadosamente doblados. El titular en negrita brillaba como un faro en la noche.

EL SENADOR QUINN IMPULSA UN PROYECTO DE REFORMA FISCAL HISTÓRICO EN LOS PRIMEROS 90 DÍAS

Leí el artículo, no particularmente interesada en recapitular detalles sobre un proyecto de ley que finalmente llevó a nuestro país a una recesión. Estaba más interesada en los detalles sobre la foto junto con el artículo.

Mis ojos escanearon la imagen. El cuadro congelado eran Fitz, su padre y la joven esposa de Fitz, embarazada. Los periodistas los rodeaban con micrófonos dirigidos al senador Fitzgerald, mientras descendían por los escalones del edificio del Capitolio. Mi corazón se contrajo cuando los viejos celos se llenaron de mí al verla de nuevo. Definitivamente era bonita, pero no era por eso que me molestaba. No me gustaba la mujer de cabello oscuro porque tenía la vida que yo había soñado.

De nuevo, ¿Cuál era su nombre?

Tan aguda como era mi memoria en ese momento de mi vida, de alguna manera logré bloquear ese pequeño detalle.

Alejando mi mirada de la foto, pasé el dedo por el texto del artículo, deteniéndome cuando encontré el pasaje que estaba buscando.

“Les puedo decir que tenemos un interés continuo en construir sobre el éxito del proyecto de ley. Estamos dedicados a mejorar el código tributario para las familias trabajadoras y las pequeñas empresas de los Estados Unidos”, dijo Quinn en un comunicado. Cuando se insistió para obtener más detalles, ninguno se presentó. En cambio, el candidato senatorial Quinn desvió la atención hacia su nieto que pronto llegará, aprovechando la oportunidad para jactarse de cuánto invierte el partido republicano en su candidato. “Si bien me encantaría hablar más sobre esto, tengo un compromiso previo que alcanzar. La esposa de mi hijo espera un bebé en unos meses. Las esposas de los republicanos del Senado están entusiasmadas con el pequeño Austin y han planeado un baby shower”.

Austin

Esa era toda la confirmación que necesitaba. No había cómo negarlo. El chico que había aparecido en mi puerta era, de hecho, el hijo de Fitz. Cerré los ojos, respiré hondo y me pellizqué el puente de la nariz. Exhalando, lentamente miré hacia el techo.

¿Cometí un error hace tantos años? ¿Debí habérselo dicho? ¿Debí haber luchado más por Fitz?

No sabía cuáles eran las respuestas, pero de repente tuve que justificar mis acciones. Pensé que había hecho lo correcto en ese momento. Tenía a mis padres para que me ayudaran en todo mientras Fitz no tenía a nadie. Mis padres apoyaron mi elección. Pensé que había tomado el camino desinteresado, pero ahora no estaba tan segura. Lo que una vez vi como una decisión noble parecía que estaba a punto de estallar en mi cara.

Eché un vistazo a la botella de cerveza, ahora tibia, que no había tocado y seguí las líneas de condensación agrupadas alrededor de la base. Una pequeña corriente de agua se abría paso lentamente hacia el borde de la mesita de noche. No había un patrón sin ton ni son. Simplemente se acercaba al borde. El agua siempre encontraba un camino. Deseaba que mi vida fuera tan simple, tener esa fuerza gravitacional que me empujara hacia un destino.

Estaba muy confundida. Hacía diecisiete años confiaba en mis padres para que me asesoraran. Ahora me encontraba sola, buscando una guía que nunca llegaría.

5

CADENCE

El lunes por la mañana me senté en mi escritorio con Joy ubicada frente a mí, su cara mostraba el horror cuando terminé de contarle sobre el fin de semana. El nudo de temor que se había formado en mi estómago el viernes por la noche, todavía estaba allí, pero empeoraba con cada hora que pasaba.

Kallie había llegado a casa del baile a tiempo, tal como lo había prometido, y nos habíamos quedado despiertas hasta pasadas las dos de la mañana, viendo nuestros musicales favoritos. Elegí ‘*Newsies*’ para ver primero, era la historia vagamente basada en la huelga de los *New York City Newsboys* de 1899. Como la veía, nadie podía resistirse a un joven Christian Bale. Ella escogió el segundo musical de la noche: *¡Mamma Mia!* De todas las cosas que pudo haber escogido... Esa sola era mi suerte. Me retorcí incómodamente durante toda la segunda película, la trama golpeaba demasiado cerca de casa. Ahora no podía sacar de mi cabeza la maldita canción de la banda sonora de la película.

Había habido muchas oportunidades entre entonces y ahora para contarle sobre Austin y la verdad sobre su padre, pero me acobardaba cada vez que las palabras comenzaban a formarse en mi lengua. Simplemente no podía decirle. Como resultado, pude escuchar un sermón de Joy.

“Cadence, esto es malo. El senador Quinn es su padre, el hombre que se opone firmemente a todo lo que defiende los ‘Soñadores de Dahlia’. Cuando descubra a Kallie y se entere a qué te dedicas, me gustaría decir que tal vez suavizaría su postura, pero el hombre parece despiadado”. Joy hizo una pausa y se estremeció. “Dejando a un lado las implicaciones políticas, debes ir a ver a Fitz. Ya pasó mucho tiempo”.

“¿Y decir qué? ‘Oye, ¿te acuerdas de mí? ¿Esa estúpida chica que destruiste un verano hace diecisiete años? Bueno, eres el papi de mi bebé’. Vamos, Joy. Probablemente ni siquiera se acuerda de mí. No necesito ir a ver a Fitz, pero necesito contarle a Kallie”.

“Entonces, ¿por qué no lo has hecho todavía? Ella tiene que saber antes de que ocurra algo loco. ¡Dulce Jesús! ¿Te imaginas qué pasaría si ella termina saliendo con Austin?”.

Apreté mis labios en una línea rígida.

“Cree en mí, es todo lo que he pensado durante días. Simplemente no sé cómo decirle. Salí a correr ayer por la mañana. Necesitaba algo de ‘mi tiempo’ para aclarar mi mente. No funcionó, así que fui a correr otra vez por la tarde. Estoy segura de que los muchachos que cuidaban el césped alrededor del Monumento a Washington pensaron que estaba loca. Debo haberlos pasado veinte veces.

“¿Qué estuviste haciendo todo el camino hasta allí?”, Joy preguntó con el ceño fruncido.

“Hay una construcción en mi vecindario y tienen todas las aceras bloqueadas. Correr por el centro comercial hubiera sido más fácil. De todos modos, estaba lista para decirle a Kallie cuando volviera a casa, pero luego me congelé”.

Joy sacudió la cabeza.

“Todavía creo que deberías decírselo a Fitz. No solo a Kallie. Austin también debería saberlo. ¿Y si él siente algo por ella?”.

Bajé la cabeza y la golpeé en el escritorio.

“¿Tenías que recordarme eso también?”. Gruñí.

“Oye, sé que estás en una situación difícil. Solo trato de ayudarte a verlo desde todos los ángulos para que...”.

“¿Hola? ¿Hay alguien ahí?”, una voz femenina llamó desde afuera de la puerta de mi oficina. Joy dejó de hablar y las dos nos volvimos para ver quién era. Cuando nadie entró, me puse de pie y salí al pasillo.

Una mujer con una niña miraba por las puertas de madera desgastadas de la oficina al final del pasillo. La pequeña niña sostenía una muñeca de aspecto irregular fuertemente pegada a su pecho. Miró a su alrededor, parecía confundida cuando la mujer que sostenía su mano la arrastró de puerta en puerta.

“¿Puedo ayudarle?”, pregunté.

“¡Oh!”, ella se sobresaltó. “Lo siento. No había nadie en el escritorio, así que decidí ver si podía encontrar a alguien en una de las oficinas. Debí haber hecho una cita primero, pero no podía esperar. Necesito hablar con alguien de inmediato”.

Tenía un acento sutil que no podía identificar, pero sonaba de origen latino. Era difícil saberlo por la forma en que se le quebró la voz. Su expresión era de pánico, casi desesperada. Era una mirada que conocía muy bien.

“Por favor, entre y tome asiento”, le dije. Una vez que entró, le indiqué que se sentara en la pequeña mesa redonda en la esquina. “Lamento que no haya habido nadie para recibirla. Mi secretaria actualmente está de baja por maternidad. El resto del personal ha estado manejando las cosas mientras ella está fuera. ¿Qué podemos hacer por usted?”.

La mujer miró de un lado a otro entre Joy y yo.

“Me... mi nombre es-es Emilia García”, tartamudeó.

Asustada. Siempre llegan aquí con miedo.

“Es un placer conocerla”. Me senté frente a ella en la mesa. Con los años, me pareció menos intimidante para los nuevos clientes si me sentaba aquí, en lugar de detrás de mi escritorio. Parecía hacerlos sentir más como si estuviéramos en igualdad de condiciones. Estiré mi mano para que ella la estrechara, esperando tranquilizarla. Era fría y pegajosa, una señal segura de que la mujer era un desastre nervioso. “Soy Cadence Riley, y esta es mi colega, Joy Martin”.

Ella asintió con la cabeza a Joy, luego comenzó a tocar el borde de su camisa rosa brillante.

“Yo... soy de Richmond, Virginia”.

“Está bastante lejos de casa”, noté. Si la expresión de ansiedad en su rostro no era suficiente, sabiendo que había viajado más de dos horas, con un niño pequeño, sin una cita programada, contaba una historia sobre lo desesperada que estaba.

“Sí, lo estoy”, admitió. Luego me miró con sus aterrorizados ojos marrones oscuros, recordándome a un ciervo visto con los faros de un auto. “Una vez más, lo siento mucho por aparecer sin previo aviso. Yo, simplemente no sé por dónde empezar”.

“Sra. García, cada persona que entra por nuestras puertas viene aquí por una cosa. ¿Por qué no comienza desde el principio?”.

Ella miró nerviosamente a la niña.

“Oh, um. Mi hija. No me gusta que...”, se detuvo.

Miré a la niña sentada en el regazo de su madre. No podía tener más de cinco años, y entendí su vacilación. Me levanté de mi silla y me arrodillé frente a la niña.

“¿Cómo te llamas?”, pregunté suavemente.

“Mayra”, respondió con timidez.

“Hola, Mayra. Es un placer conocerte. Mi nombre es Cadence. ¿Cuántos años tienes?”. Ella levantó cinco dedos.

“No, no. Todavía no tienes cinco años”, reprendió su madre, doblando el pulgar de Mayra para que solo levantara cuatro. “No cumplirá cinco años hasta dentro de unas semanas más”.

Sonreí, recordando que a Kallie siempre le gustaba reducir su edad por unos meses.

“¿Casi cinco? ¡Guauu! ¡Eres prácticamente una niña grande! Sin embargo, no eres demasiado grande para colorear, ¿verdad?”, pregunté. Sus ojos marrones se abrieron de emoción cuando sacudió

la cabeza. “Bueno, entonces, si está bien con tu madre, ¿te gustaría ir con la Sra. Joy a buscar un libro para colorear con crayones?”.

Miró a su madre expectante.

“Adelante. Recuerda tus modales”, le dijo Emilia asintiendo.

Mayra sonrió y saltó del regazo de Emilia. Joy se acercó a ella y le cogió la manita. Una vez que estuvieron fuera del alcance del oído, regresé a mi asiento y extendí la mano para tomar la mano de Emilia en la mía.

“Sra. García...”, comencé.

“Por favor, llámeme Emilia”.

“Emilia, puedo ver que está nerviosa. No lo esté. Sea lo que sea, estamos aquí para ayudarla”.

Ella me dio una pequeña sonrisa.

“He escuchado a otros hablar de su amabilidad. Por eso sabía que tenía que venir aquí. Tiene qu-que ayudarme”. Su voz se quebró de nuevo en la última palabra, y me rompió el corazón. Mi única esperanza *era poder* ayudarla. A veces, ya era demasiado tarde.

“¿Por qué no comienza desde el principio y seguiremos desde allí?”.

Ella tragó saliva y respiró hondo.

“Se trata de mi prometido. El padre de mi hija ¡Ell-ellos se lo llevaron!”.

Luego comenzó una historia que había escuchado innumerables veces. Cada vez, los nombres y los lugares eran diferentes, pero la historia siempre era la misma.

El prometido de Emilia, Andrés Méndez, se mudó de Ecuador a los Estados Unidos con su familia cuando tenía tres años. Él, su hermana menor y sus padres eran todos inmigrantes indocumentados, un hecho que Andrés nunca supo hasta que tenía diecisiete años y se preparaba para asistir a la universidad. Necesitaba un número de seguro social para solicitar préstamos estudiantiles. Fue entonces cuando sus padres le dijeron por primera vez la verdad sobre su origen.

“Andrés es muy inteligente”, dijo Emilia con orgullo en su voz. “Resultó que no necesitaba obtener préstamos. Se le otorgó una beca académica de pregrado para asistir a Harvard”.

“¡Eso es increíble!”.

“Sí”, estuvo de acuerdo, pero luego su tono se volvió triste una vez más. “Solicitó una visa de estudiante y estaba listo para ir a Massachusetts. Pero ese verano, quedé embarazada de Mayra. Le insté a que se fuera, pero Andrés se negó a dejarme. En su lugar terminó yendo a Virginia Tech para estudiar ingeniería. Mis padres estaban furiosos, pero sus padres no entendían a qué estaba renunciando. Nunca habían escuchado de Harvard hasta que Andrés fue aceptado en la escuela”.

Me acerqué a mi escritorio y agarré un bloc para comenzar a tomar notas. Garabateé algunos conceptos básicos.

Inteligente. Aceptado en Harvard con beca. Mayra.

“Emilia, ¿también eres indocumentada?”.

“No, nací aquí. Mi madre nació en El Salvador y mi padre nació en los Estados Unidos. Finalmente, ella se convirtió en ciudadana naturalizada, años después de haberse casado”.

“¿Andrés terminó la universidad?”.

“Afortunadamente, lo hizo. Sin embargo, no fue fácil. Mientras él asistía a la escuela, yo seguía viviendo en casa de mis padres. Ellos cuidaban de Mayra, mientras yo trabajaba para pagar las cuentas escolares de él. Por lo general, Andrés solía tomar el autobús del metro hasta el campus, pero a veces yo lo conducía, cuando no estaba trabajando. En ese momento, debido a su estado migratorio, no podía obtener una licencia”.

Sin licencia. Con apoyo familiar.

“Habiendo trabajado en la escuela como madre soltera, no estaba segura de si podría haberlo hecho sin la ayuda de mis padres. Reconocía la importancia del apoyo familiar mejor que la mayoría”.

“Me imagino lo difícil que debe haber sido. Entonces, ¿qué pasó después?”.

“Justo antes de que Andrés se graduara, hicimos planes para mudarnos juntos. Queríamos casarnos primero, pero no podíamos permitirnos una bonita boda con solo mis ingresos. Andrés necesitaba encontrar un trabajo. La Ley Dream [*Nota de la traductora: La Ley Dream es un acrónimo del inglés: Development, Relief and Education for Alien Minors Act, es la ley de fomento para el progreso, alivio y educación para menores extranjeros*] acababa de aprobarse unos años antes. Como él calificaba, lo alenté a completar el papeleo de DACA [*Nota de la traductora: La Acción Diferida para los Llegados en la Infancia o DACA es una decisión migratoria del gobierno de los Estados Unidos con el fin de beneficiar a ciertos inmigrantes no documentados que llegaron como niños al país y que cuentan con cierto nivel educativo, en particular a los denominados ‘dreamers’*]. Pensé que era una buena idea. Significaría que podría obtener su licencia de conducir, solicitar trabajo, y ya no tendríamos que temer una posible deportación, y llegaría a celebrar la boda de mis sueños. Tal vez eso fue egoísta de mi parte. No lo sé. Tomó algo para convencerlo, pero finalmente lo hizo. Ahora, no puedo evitar sentir que fue algo incorrecto”.

“¿Por qué?”.

“Con el debido respeto, sabes lo que está sucediendo en el mundo. A muchos en este condado no les importan las personas como Andrés, aunque nunca entenderé por qué. Es un hombre trabajador, un buen hombre”, escupió con amargura.

“Lamento lo que está pasando en nuestro país, Emilia. Espero que sepas que no todos piensan de esa manera. ¿Consiguió un trabajo después de graduarse?”.

“¡Oh, por supuesto! Es ingeniero mecánico en *Advanced Solutions (AS)*, o al menos lo era. No estoy segura de lo que sucederá ahora”. Ella sollozó, y me di cuenta de que estaba luchando contra las lágrimas. “De todos modos, Andrés odiaba que yo trabajara para pagar las facturas de su escuela, pero también sabía que terminar la universidad y conseguir un trabajo bien remunerado era la mejor manera de brindarle una buena vida a Mayra. La pidió y se aprobó la solicitud DACA. Poco después, consiguió su trabajo en AS y obtuvo su licencia de conducir. Encontramos un departamento en Richmond e insistió en que dejara mi trabajo para quedarme en casa y cuidar a nuestra hija. Las cosas finalmente estaban mejorando. Hasta que...”.

Ingeniero. Con un empleo. Reconoce la estabilidad familiar. Miembro contribuyente de la sociedad.

Garabateé las notas mientras esperaba que Emilia pudiera continuar. Ella sacudió la cabeza, parecía perdida en sus pensamientos y miró su regazo. Comenzó a jugar con el dobladillo de su blusa nuevamente, cuando una lágrima resbaló por su mejilla.

“¿Hasta qué, Emilia?”.

“Andrés, Mayra y yo hicimos una excursión de un día a la casa de los padres de Andrés en Fairfax. Era domingo y su madre estaba haciendo pupusas, la comida favorita de Mayra. Llegamos tarde debido al tráfico en la I-95 que nos hizo apresurarnos por llegar. Andrés conducía. Sin detenerse, pasó una señal de alto en la calle de sus padres. Lamentablemente, un coche de policía venía en la dirección opuesta. El oficial vio lo que sucedió y nos detuvo”.

Sabía a dónde iba su historia antes de que terminara. Ella era de Virginia, el segundo estado de la nación en implementar un acuerdo con el gobierno federal para participar en el programa de Comunidades Seguras de Inmigración y Control de Aduanas. El programa fue diseñado para crear una coordinación entre la policía local y el Departamento de Seguridad Nacional. Si se hacía un arresto, las huellas digitales ingresaban automáticamente a través de las bases de datos del FBI y de Seguridad Nacional.

Al final, demostraría que Andrés era un receptor de DACA.

“Emilia, ¿dónde está Andrés ahora?”.

Ella contuvo un sollozo.

“El oficial nos interrogó acerca de estar tan lejos de casa, y Andrés fue llevado a la estación de policía para más interrogatorios. Fue liberado en pocas horas, pero recibió una multa de tránsito y

una cita en la corte. Fui con él a la corte. Andrés fue declarado culpable de la infracción de tránsito por no detenerse por completo. Le dieron una multa, que pagamos antes de partir. Cuando salimos del juzgado, un hombre de uniforme llamó a Andrés por su nombre y apellido. No esperábamos que el hombre fuera un agente de ICE (El Servicio de Inmigración). Había tres en total, esperándonos. Andrés fue detenido en ese momento”.

Ella volteó a verme con una mirada de desconcierto, casi como si no pudiera creer su propia historia. “Me llevó dos semanas descubrir a dónde lo habían llevado. Actualmente, está detenido por el Departamento de Correcciones de D.C. Los procedimientos de deportación ya han comenzado, y todo porque no se detuvo en una señal de alto”.

6

FITZ

El martes mi alarma sonó a las cinco. Después de asegurarme de que Austin estaba listo para ir a la escuela, salí a correr por la mañana, dejándome mucho tiempo para estar en la oficina a las ocho. Mientras mis pies golpeaban el pavimento, el sudor goteaba en mi cuello y a lo largo de mi columna vertebral. Me detuve en el Lincoln Memorial para estirar los músculos de la pantorrilla antes de comenzar la segunda vuelta de la carrera de cuatro millas. El viejo Abe parecía perdido en sus pensamientos, tomando el sol a la luz de la mañana mientras miraba a través de la piscina reflectante el Monumento a Washington. Me imaginé que su expresión coincidía con la mía. Mi mente estaba en crisis, en conflicto por las amenazas de mi padre. No sabía si tenía las bolas para seguir y había mucho en juego.

Se suponía que la noche del sábado pasado debía reunirme con miembros del RNC. Me escabullí, y ahora mi padre estaba en pie de guerra. No importaba. Podía pensar que yo era débil, pero lamentablemente se equivocaba. Ya no era el imbécil que una vez fui. Le había permitido infligir suficiente daño en mi vida y no iba a dejar que la historia se repitiera.

Vi un destello de movimiento por el rabillo del ojo y miré hacia arriba desde la posición de embestida en la que me encontraba. Desde la esquina, apareció una rubia con ropa de correr apretada, trotando en la dirección opuesta de donde había venido. No era raro ver a otro corredor. Muchas personas se dirigían al centro comercial a esta hora de la mañana. Volví a terminar mi estiramiento, luego me puse de pie para sacudir mis brazos. Listo para comenzar la próxima vuelta, comencé a un ritmo moderado, cerrando lentamente la distancia entre la corredora y yo.

Cuando la pasé, mis pasos parecieron vacilar. Parpadeé, luchando con la imagen de la mujer que acababa de pasar junto a mí.

Dejé de correr y miré hacia atrás. No había frenado sus pasos, pero me estaba mirando por encima del hombro, a mí. Cuando vio que me había detenido, se dio la vuelta rápidamente y pareció aumentar su ritmo.

“No, no es ella”, me dije en voz alta.

Sacudí mi cabeza. El estrés que estaba sufriendo me estaba haciendo ver cosas. Pero aún así, mientras veía su pequeña forma alejarse cada vez más de mí, no podía evitar la molesta sensación de que era ella, la chica que había perseguido mis sueños desde que tenía veintidós años. Impulsivamente, me di vuelta y comencé a correr tras ella. Tenía que saberlo. Si no fuera ella, inventaría una excusa sobre una identidad equivocada y seguiría mi camino.

Ella era rápida, lo reconocía. Estaba en una carrera completa y apenas había cerrado la brecha entre nosotros. Para mi consternación, ella se desvió del camino y se agachó alrededor de la pared en el Memorial de Corea, desapareciendo de la vista.

¡Mierda!

Cuando me acerqué a la pared, miré a mi alrededor. Los primeros turistas en ascenso deambulaban por la zona, tomando fotos de las estatuas creadas para conmemorar la guerra olvidada. Escaneé el área nuevamente. Ella no estaba por ningún lado. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Estoy persiguiendo a un maldito fantasma.

Convencido de que había perdido la cabeza por completo, decidí abandonar el resto de mi rutina de ejercicios. Había dejado mi Audi estacionado en la calle 14. El camino más corto de regreso era cortar por el que me llevaría a través de Ash Woods.

Y ahí fue donde la encontré.

Se acercaba a los escalones del Monumento a los Caídos de la Guerra de Washington. Con cuidado de permanecer fuera de la vista, me arrastré hasta el lado opuesto del monumento redondo. Vi como ella se sentaba en los escalones y sacó lo que parecía ser un teléfono celular. Desde este ángulo, no podía ver su rostro, solo la parte posterior de su cabeza. Su cabello, del color rubio dorado que me regresó a casi dos décadas, estaba recogido en una trenza. Otra cosa que me llevaba de vuelta. Mirando los tonos tejidos de amarillo pálido y dorado, supe que tenía que ser ella. Solo *ella* tenía el cabello así.

Podía escucharla hablar con alguien al otro lado de la llamada. Tenía el teléfono en modo altavoz, por lo que la conversación era fuerte y clara.

“Por el amor de Dios”, dijo la voz al otro lado de la línea. “Chica, ¿tienes idea de qué hora es?”.

“Oh, cállate”, dijo la rubia. Su voz era nítida pero femenina. Y tan jodidamente familiar. “Sé que es temprano, pero escucha. Esto es importante. Lo vi”.

“¿A quién?”.

“¡Fitz!”, siseó mi nombre, asegurándome de que esta mujer era, de hecho, la mujer de mis sueños.

“Está bien, ahora estoy despierta. ¿Qué quieres decir con que viste a Fitz? ¿Estás segura?”.

“Sí, e.., bueno. No. Su cabello era un poco más largo, pero... sí, estoy segura de que era él”.

“¿Dónde lo viste, Cadence?”.

Bingo. Es ella.

Una ola de satisfacción se apoderó de mí antes de que otro pensamiento me golpeará en el pecho como un mazo.

Cadence. Realmente es ella, de carne y hueso, a solo unos pasos de mí.

Recuerdos de calurosas noches de verano pasaron ante mis ojos. La volvía a ver, junto al lago con sus ojos verdes brillantes y el cabello brillante bajo la luz de una puesta de sol que se desvanecía. Casi podía sentirla en mis brazos, incluso ahora. La calidez de su abrazo, la forma en que susurraba mi nombre cuando la besé...

Cadence comenzó a hablar de nuevo, apartándose de un tiempo pasado.

“Estoy en mi carrera matutina”, la escuché explicarle a la persona por teléfono. “Él también estaba corriendo. Pasé corriendo junto a él, pero no estoy segura de si él sabía que era yo”.

“¿Hablaste con él?”.

“¿Estás loca?”. Cadence chilló, luego pareció reprimirse. Miró a su alrededor nerviosa por un momento y tuve que agacharme para quedarme oculto. Cuando volvió a hablar, su voz era notablemente más baja, y tuve que esforzarme para escucharla. “En serio, Joy. ¿Cuáles son las probabilidades de verlo correr por el centro comercial después de todo este tiempo? ¡Y especialmente ahora!”.

Joy. La chica afroamericana que trabajaba en la tienda con Cadence.

Sonreí para mí mismo, complacido por alguna extraña razón por el hecho de que habían seguido siendo amigas después de todo este tiempo.

“Esto es espeluznante, como del tipo que necesitas para ir a ver a un psíquico”, dijo Joy. “No lo sé, cariño. Las estrellas parecen alinearse de una manera realmente extraña. No importa cuánto tiempo haya pasado. Tienes que decirle”.

“Oh Dios. ¡No sé si pueda hacerlo!”.

“Bueno, algo te dice que es hora. Simplemente ha habido demasiadas coincidencias”.

“Tienes razón. Puedo hacer esto. No hay problema”, respondió Cadence, pero su tono era casi sarcástico.

“Bueno. Me alegro de que esté decidida. Ahora me voy a la cama. No necesito estar en el trabajo hasta dentro de dos horas”.

“Espera, Joy...”. Se detuvo en seco, miró el teléfono y juró. “¡Maldición!”.

Se puso de pie y rápidamente comenzó a caminar de un lado a otro, pareciendo perdida en sus pensamientos. Seguí las líneas de su pequeño cuerpo. Se veía bien, muy bien en realidad. Sus curvas eran más pronunciadas, sus senos y caderas más afiladas de lo que recordaba, pero todavía delgadas y en forma. El cuerpo que estaba viendo pertenecía a una mujer, no a la joven de la que me había enamorado. Aún así, a pesar de los años que habían pasado, ansiaba alcanzarla y tocarla.

No debería haber escuchado a escondidas su conversación, pero en el momento en que escuché mi nombre, no pude evitarlo. Tenía curiosidad acerca de lo que estaban hablando y de qué se suponía que debía decirme.

Y tenía mucha curiosidad por ella.

Era la chica que había sacudido mi mundo hacía diecisiete años, tanto que rara vez había pensado en otra mujer desde entonces, y eso incluía los años que pasé casado. Mientras debatía sobre salir de mi escondite para revelarme, me di cuenta de la ironía de la situación actual. La estaba espiando, como lo había hecho el primer día que la vi junto al lago. Ahora aquí estaba parado. Quizás la historia, a su manera, se repetía. Dependía de mí cambiar su curso.

“Cadence”, grité mientras me movía desde detrás del monumento.

Saltó una milla y se dio la vuelta, su mano yendo hacia su pecho.

“¡Me asustaste muchísimo!”.

“Lo siento. No era mi intención”, me disculpé mientras me acercaba a ella. Mi memoria no le hizo justicia. Ella era aún más hermosa de lo que recordaba, casi haciéndome jadear de incredulidad. No pensé que fuera posible para ella ser más impresionante de lo que alguna vez fue. Me aclaré la garganta. “Debo decir que es un placer encontrarte aquí”.

Al recuperarse de la conmoción de mi repentina aparición, parecía recordarse a sí misma.

“Sí, ah... imagina eso. Yo um...”, ella vaciló. “Realmente necesito irme. Estaba a punto de comenzar a correr de nuevo”.

“Espera”, dije y extendí la mano para agarrarla del brazo. Cuando mi palma hizo contacto con su piel, se congeló. Yo también, como el aire mismo parecía chisporrotear. Casi no podía hablar o descifrar mi cerebro lo suficiente como para moverme. Era la primera vez que la tocaba en más de diecisiete años. Mi garganta se volvió ridículamente seca, y tuve que aclararla antes de poder hablar de nuevo. “Ha sido un largo tiempo. ¿Cómo estás?”.

Ella liberó su brazo y frotó el área donde había estado mi mano. La acción no parecía decir que estaba ofendida por mi toque, sino que el contacto la había hecho sentir de la misma manera que a mí. Sus ojos verdes brillaban como esmeraldas con el sol de la mañana.

¿Siempre habían sido tan vibrantes?

“He estado bien”, respondió ella. “¿Tú?”.

Iba a hablar de nuevo, pero las palabras no quisieron salir. Era como si todavía estuviera absorbiendo la incredulidad de volver a verla. Tenía que recordarme a mí mismo que ella era real, y no un sueño loco que se seguía repitiendo en los últimos diecisiete años.

“No demasiado mal”, fue todo lo que pude decir.

“Bueno, eso es bueno. Pero um..., como dije. Necesito ponerme en marcha”.

Parecía nerviosa, pero no podía dejarla irse, no otra vez. Al menos no hasta que descubriera de qué se trataba su conversación telefónica. Cuando me lanzó una pequeña ola y se giró para alejarse corriendo, corrí hacia delante para caminar a su lado. Ella inclinó la cabeza para mirarme con curiosidad, pero no dijo nada.

“¿Vives por aquí?”.

“Estoy en el área de DC, sí”. Su respuesta fue cautelosa. Podía apreciarlo. Después de todo, había pasado mucho tiempo. Por lo que ella sabía, yo había crecido para ser un psicópata. Aún así, necesitaba continuar la pequeña charla.

“Vivo en Alejandría, pero mi oficina está en *East End*. El centro comercial es conveniente, y troto por este camino casi todos los días. Extraño, no me había encontrado contigo hasta ahora. ¿Corres aquí a menudo?”

“No, acabo de empezar a venir aquí porque las aceras de mi vecindario están cerradas por obras”. Un mechón de cabello se soltó de su trenza mientras corríamos. Quería extender la mano para meterlo detrás de su oreja, pero me contuve.

“Entonces supongo que debería agradecerle al DDOT” [*Nota de la traductora: El DDOT, es el Departamento de Transporte de los EEUU*].

“¿Por qué?”

“Por romper las aceras. Cambió tu rutina y nos permitió encontrarnos”. Ella me miró de reojo. Una vez más, ella no respondió, así que continué. “No pude evitar escuchar lo que hablabas por teléfono”.

Cadence se detuvo abruptamente. Cuando me volví para mirarla, vi que su rostro palidecía. Parecía que acababa de ver un fantasma. Dejé de correr y di unos pocos pasos hacia ella.

“¿Lo hiciste?”, chilló ella.

“Sí, lo siento. Debí darme cuenta mejor. Después de todo, una vez me sermoneaste sobre que espiar no es educado”, sonreí, esperando tranquilizarla al mencionar un viejo recuerdo. “Sin embargo, tengo curiosidad. ¿Qué me tienes que decir?”

“Nada”, dijo, un poco demasiado rápido.

Interesante.

Ahora tenía mucha curiosidad.

“Mira, ha pasado un tiempo, Cadence. Por mucho que estoy disfrutando de este trote inesperado contigo, prefiero hablar cuando no estemos jadeando por el esfuerzo. ¿Por qué no lo dejamos y vamos a tomar una taza de café? Podemos ponernos al día”.

Ella bajó la mirada y sacudió la cabeza. Cuando volvió a mirarme, tenía los ojos doloridos. Extendí la mano y tomé una de sus manos, sabiendo al instante que era un error. Ella siempre había sido un tirón constante en mi pecho y la acción me acercaba peligrosamente a ella. Miré sus labios en forma de corazón. La necesidad de besarla era innegable.

Dios mío, hombre. Contrólate.

No sé cómo sucedió tan rápido, pero no debía haberme sorprendido. Incluso cuando éramos más jóvenes, las cosas habían progresado rápidamente. Ahora, con su pequeña mano descansando entre mis palmas, sabía con absoluta certeza de que no quería dejarla ir. No pude obligarme a dar un paso atrás.

Por primera vez en diecisiete años, ella me estaba mirando. Pensaba que la había superado, pero solo sostener su mano me hizo darme cuenta de que no lo había hecho, en absoluto. De alguna manera, en el transcurso de un verano, Cadence prácticamente me había arruinado para cualquier otra mujer. Desearía poder negarlo, pero si lo intentara, solo me estaría mintiendo a mí mismo. Claro, me había encontrado con otras mujeres hermosas en mi vida, pero ninguna que hubiera movido mi interruptor más que Cadence. La atracción magnética que siempre sentía hacia ella todavía estaba allí, tan cargada como el día en que nos conocimos. Esta podría ser mi oportunidad para explicarme, disculparme por no tener las agallas para hacerle frente a mi padre hace tantos años. Necesitaba escucharme y saber que no había pasado un solo día en que no pensara en ella.

“No creo que el café sea una buena idea, Fitz”, susurró.

“¿Por qué no?”

“Porque yo...”, se detuvo.

Entonces se me ocurrió otra idea y miré rápidamente la mano que aún estaba en la mía, sin anillo. Traté de ocultar mi alivio. Había estado tan absorto en volver a verla, que nunca se me ocurrió que podría haberse entregado a otra persona. Solo la idea de que ella estuviera con otro hombre hizo que mi intestino se agitara, incluso si no tenía derecho.

“Es solo un café, Cadence”.

Ella liberó su mano y dio un paso atrás. Su postura se puso rígida y su mirada se volvió férrea.

“En lugar de invitarme a tomar un café, tal vez deberías considerar llevar a tu esposa”, dijo con ácido en su tono. La forma en que enfatizó la última palabra me hizo vacilar. Parpadeé, momentáneamente perdido antes de que se encendiera la luz.

Ella no lo sabe.

“Cadence, no estoy casado. Mi esposa murió hace once años”.

Abrió mucho los ojos y comenzó a reír, pero no de una manera que sonara remotamente feliz.

“¡Por supuesto que ella murió! ¿No es la vida irónica?”. Ella bajó la mirada al suelo. Cuando volvió a mirar hacia arriba, su mirada era cautelosa. “Mira, Fitz, lamento lo de tu esposa, de verdad que lo estoy. Pero no sé lo que estás pensando. Hacer algo juntos es una mala idea. Correr, café. Todo es malo. No hay manera de ponernos al día. Han pasado diecisiete años. Ese barco ha partido”.

“¿Lo ha hecho?”. Yo pregunté.

La miré fijamente mientras ella levantaba los brazos con exasperación.

“Nos encontramos. Vaya cosa. Digamos simplemente ‘fue un placer verte’ y sigamos con nuestros felices caminos”.

Atraído como una polilla hacia una llama, o tal vez solo era un masoquista, alcancé su mano nuevamente. Ella no se apartó.

“Toma café conmigo”, insistí de nuevo. “Por favor”.

El conflicto hacía estragos en sus ojos. Lo que no daría por arrastrarme dentro de su cerebro y separar sus pensamientos. Todo lo que sabía era que sentía que había estado soñando con ojos verdes, labios suaves y cabello rubio durante demasiado tiempo.

“Hay una cafetería a poca distancia en la avenida Maryland”, dijo finalmente. “Solo tengo tiempo para una taza rápida. Tengo que trabajar a las nueve y necesito tiempo para ir a casa y ducharme primero”.

Solté su mano e hice un gesto en la dirección a la que se refería.

“Te sigo, cariño”.

Levantó la cabeza para mirarme. Le guiñé un ojo y le lancé una sonrisa arrogante que en silencio decía que sí... lo recuerdo.

Para cuando termináramos esta cita improvisada de café, ella sabría que no me había olvidado de nada, y no me había olvidado de ella.

7

CADENCE

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo?

Repetía la pregunta una y otra vez en mi cabeza cuando entré en el Café Aroma con Fitz. Sí, Fitz. Si él no hubiera sido la persona que me abrió la puerta de la cafetería, no lo habría creído. Debería haber estado corriendo en la dirección opuesta, lejos del hombre que había destruido mi corazón, del único al que me había entregado por completo. Sin embargo, nunca esperé que verlo de nuevo sacaría a la luz un problema completamente nuevo. Con solo un toque, aprendí que este hombre todavía tenía el poder de hacerme temblar y sacudir y cuestionar todo lo que creía saber sobre mí. Y lo odiaba.

Solo acepté tomar un café porque sabía que Joy tenía razón. Mi corazón ya no pertenecía a Fitz. Pertenecía a Kallie. Tenía que contarle sobre ella..., tal vez. Ahora era un hombre adulto. Estaba segura de que había cambiado a lo largo de los años, tal como yo lo había hecho, y quería saber exactamente quién era este hombre antes de contarle sobre nuestra hija.

Me acerqué nerviosamente al mostrador y ordené lo de siempre.

“Tomaré un latte triple con leche descremada y un toque de vainilla”.

“Esa pudo haber sido la orden de café más complicada que haya escuchado”, con una sonrisa dijo Fitz antes de pedir su propia orden con el barista. “Mezcla de desayuno, negro”.

“Búrlate todo lo que quieras. Es mucho más sabroso que el café negro. Asqueroso...”, contesté y saqué la lengua con disgusto. Entonces, para mi incomodidad, Fitz intentó pagar. Le señalé que no. “Yo pago”.

Mientras esperábamos nuestras bebidas, lo miré por el rabillo del ojo. Intentaba no mirar, pero era un desafío. Era tan hermoso como siempre y todavía me debilitaba un poco las rodillas. Su postura era confiada pero relajada, con una mano dentro del bolsillo de sus pantalones cortos para correr. Fitz siempre había estado en forma, alto y delgado con una sonrisa traviesa. Hoy, se había convertido en ese cuerpo. Los hombros anchos se abultaban debajo de la camiseta azul que parecía moldeada a su piel, acentuando los pectorales musculosos y duros que ninguna camiseta podía ocultar.

Sí, los años habían sido amables con Fitzgerald Quinn. Se veía perfecto parado allí, incluso su cabello oscuro era perfecto, lo cual era una hazaña notable teniendo en cuenta que habíamos estado trotando. Sabía que mi cabello era probablemente un desastre. Podía sentir los mechones sueltos de mi trenza rozando los lados de mi cuello.

Después de recoger nuestros pedidos de bebidas, nos dirigimos a una pequeña mesa en la esquina. Una vez que nos sentamos, se hizo el silencio. Me miró fijamente, casi como si fuera un espejismo que desaparecería en cualquier momento. Era desconcertante. No sabía qué decir, y en primer lugar, mucho menos cómo habíamos llegado hasta aquí.

“Entonces, ¿me vas a contar sobre tu conversación telefónica?”, finalmente preguntó.

“No”, respondí automáticamente con un movimiento decisivo de mi cabeza.

“¿Estás segura?”.

“Completamente. Lo siento Fitz. Una chica tiene derecho sobre sus secretos”.

Y, chico, el mío es enorme.

Hasta que pudiera evaluar mejor su carácter, mis labios estarían sellados. Tenía que pensar en Kallie, y no en su camiseta azul tan ceñida. Teniendo en cuenta eso, debería haber estado entregando a la Inquisición Española, pero se sentía extraño. Todo sobre él era tan familiar, como si lo conociera.

Pero, la realidad era que no lo conocía en absoluto. No sabía qué decir. Ansiosamente jugaba con la manga de mi taza antes de tomar un sorbo cauteloso.

“¿Cómo está tu triple con vainilla?”.

“Latte. Y está bien”.

“Te hubiera tomado por una chica tipo Frappuccino de fresas y crema. Pero, de nuevo, tal vez tus gustos han cambiado con los años”.

“¿Qué quieres decir?”.

“¿Todavía te gustan las fresas?”.

“Um, sí”, dije, frunciendo mi frente en confusión.

“Con una cucharada de crema batida, si la memoria me funciona bien”, agregó.

Todo el aire salió expulsado de mis pulmones, mi corazón comenzó a latir y mi estómago se apretó por una mezcla de emociones.

Diez preguntas Diez respuestas.

Él lo recordaba.

Y yo me acordé.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, y sus ojos se arrugaron en las esquinas. Recordaba esa arruga, las líneas de sonrisa natural, al igual que recordé la sensación del rastrojo en su mandíbula. Hoy estaba perfectamente afeitado, las suaves líneas de su rostro tan cinceladas y hermosas como lo habían sido alguna vez. Era como cada poro, cada centímetro de mí, recordara incluso los detalles más pequeños.

Nos miramos el uno al otro por un largo momento, y me encontré incapaz de hablar. Sus ojos se clavaron en los míos, y pude jurar que sabía exactamente lo que estaba pensando. Aparté mis ojos de los suyos, incapaz de soportar más su penetrante mirada.

“Fitz, el pasado está en el pasado. Deberíamos dejarlo allí”.

“¿Qué pasa si yo no quiero?”.

“Tienes que”. Me detuve, no queriendo dar más detalles. No quería que él supiera que su recuerdo de un detalle tan pequeño del pasado me afectaba. Cambiando de marcha, opté por preguntar por él, en lugar de hablar de recuerdos. Se suponía que debía llegar a conocerlo, después de todo. “Entonces, dijiste que querías ponerte al día. Dime qué has estado haciendo durante los últimos diecisiete años”.

Fitz se recostó en su silla contemplativamente.

“Han pasado muchas cosas, Cadence. Diecisiete años es mucho tiempo”.

Eché un vistazo a mi reloj.

“Tienes treinta minutos”.

“Bueno, entonces será mejor que empiece”, dijo y me lanzó una sonrisa torcida que intenté ignorar. “Supongo que debería comenzar con Austin, mi hijo. El tiene quince años. Buen niño. La gente dice que se parece mucho a mí”.

Sí, lo sé.

Pero no podría decir eso, sin contarle *cómo* lo sabía.

No mencionó ni a su esposa, ni nada sobre cómo había fallecido. Me preguntaba si había terminado amándola y si era demasiado doloroso para él hablar de eso. En cambio, Fitz habló sobre todo de su asociación con Devon. Me contó sobre la compañía de relaciones públicas que comenzaron un año después de que él dejó el Campamento Riley. Habló sobre sus éxitos, pero no de una manera arrogante. Simplemente sonaba orgulloso de lo que él y Devon habían logrado juntos.

“El plan original era representar a las corporaciones, pero mi padre conoce a personas poderosas, y también el padre de Devon. No pasó mucho tiempo antes de que el modelo de negocio cambiara, y nos encontramos representando a más individuos que corporaciones. Se corrió la voz y el negocio se disparó. Además, las personas siempre necesitan ‘arreglos’. ¿Quién hubiera pensado que

un par de punks, como nosotros, estaríamos trabajando arreglando los problemas de otras personas?”. Él rió.

“Nunca fuiste un punk”, le respondí con una pequeña sonrisa.

“Cierto. Creo que mi padre diría lo contrario”.

No había duda de la sombra que cruzaba su rostro.

“¿Cómo están las cosas en ese frente? Con tu padre, quiero decir. ¿Están mejor?”.

“Nah. El viejo bastardo ya está establecido. Todavía me sigue dando mierda. Simplemente no lo considero como solía hacerlo”. Hizo una pausa y llevó su café a sus labios, estudiando mi rostro cuidadosamente mientras lo hacía. Su mirada era intensa, y sentí un sonrojo en mi cuello. Algo sombrío y pensativo llenó su expresión. Bajando la taza, me miró fijamente a los ojos. “Lo siento, Cadence. Por todo”.

Su disculpa se deslizó sobre mi piel, un rico sonido aterciopelado me hizo cosquillas en los sentidos.

“Perdón, ¿por qué?”, pregunté, sintiendo una roca temblorosa al mencionarlo.

Sabía por qué se estaba disculpando, pero no esperaba ver las emociones arremolinándose en sus ojos: pérdida, arrepentimiento, pena. Se pasó las manos por el pelo nervioso. Al menos no era el único que sentía aprensión.

“Me di cuenta años después, que todo lo que él había hecho no había sido más que una táctica de miedo. Nunca me hubiera dejado ir a la cárcel por ese accidente. Hubiera traído vergüenza a su buen nombre. Debí haberlo visto todo. Yo era un cobarde. Por eso me alejé de ti. Nunca quise lastimarte. Yo te amaba. Dejarte ese día fue lo más difícil que he tenido que hacer”.

Aparentemente, la pequeña conversación había terminado. No perdió tiempo en llegar a las cosas pesadas. Poco sabía él, sentí que había esperado escuchar esas palabras durante casi dos décadas. Intentando no parecer sorprendida por su confesión, agité una mano en el aire.

“Oye, fue hace mucho tiempo. Ya lo superé”, mentí. A la fecha, era evidente que no lo había superado en absoluto. Sin embargo, mi armadura era más fuerte ahora que cuando tenía dieciocho años. Al menos, esperaba que así fuera.

Tendría que estar muerta para no ser afectada por el hombre magnífico que me observaba. No estaba delirando. Si Fitz quisiera hacer algo de nuestro encuentro improbable, lo lograría. Después de todo, una vez me persiguió con una intensidad decidida que había hecho que mi joven corazón latiera. Pero a diferencia de mi adolescencia, sabía que no debía ceder en este momento. Una vez que se rompe un caparazón, nunca se puede reparar realmente. Las grietas siempre estarían presentes, sin importar cuán fuerte fuera el pegamento.

“Me di cuenta de que no llevas un anillo. ¿Alguna vez te casaste?”, preguntó.

La incredulidad desgarradora tronó a través de mi pecho como una tormenta oscura y fea. Había tenido el descaro de preguntarme eso. No era asunto suyo.

“No, no lo he hecho”, respondí con brusquedad. “Aparentemente, a diferencia de ti, no estaba en las cartas para mí”.

Sabía que era un tiro barato, pero no me importaba particularmente. Si se ofendió, no lo dejó ver. En cambio, me miró, casi como si estuviera evaluando si creer en mi fachada antes de continuar.

“Cierto. Bueno, de todos modos... regresando con lo de mi padre. Ahora, él tiene este gran plan en marcha. Quiere que me postule para un cargo político, ¡y nada menos que de senador!”. Sonrió, como si encontrara la idea ridícula. “No tengo intención de postularme para nada. Odio la política. Siempre la he odiado. Se trata de un hambre de poder y el voto del partido. Estoy seguro de que cree que puede fortalecerme para apoyar sus cuentas”.

Levanté una ceja.

“¿Podría?”.

“¡Diablos, no! Quiero decir, suponiendo que me postulara y fuera elegido, él se enfrentaría a un duro despertar. Estoy cansado de ver que las cosas se apresuran en nombre de la codicia, si sabes a lo que me refiero”.

“Créeme, sé exactamente a qué te refieres”, le dije con cautela. “Estoy familiarizada con tu padre, o debería decir, con sus políticas”.

“¿Oh?”.

“Por desgracia, sí. Soy dueña de una organización sin fines de lucro que ayuda a los beneficiarios de DACA. Los hábitos de votación de tu padre tienden a interferir en mi camino”.

“Entonces lo hiciste, ¿eh? No debería sorprenderme: siempre tuviste tus objetivos de vida planeados. Dijiste que querías trabajar en un organismo sin fines de lucro, y ahora aquí estás. En realidad, creaste el tuyo. Bien por ti. Aunque, por alguna razón, imaginé que estarías trabajando con niños”.

“A veces trabajo con niños. La mayoría de las veces los beneficiarios de DACA tienen sus propios hijos. Cuando suceden cosas malas, es mi trabajo asegurarme de que sus familias no sean separadas”, le expliqué.

“Estoy seguro de que es más complicado que eso. No se separarían si respetaran las leyes de nuestro país”.

Lo dijo con tanta ligereza que mi espalda se levantó instantáneamente. Fitz tenía razón en una cosa: era más complicado. Sin embargo, su simplificación excesiva de por qué alguien enfrentaría la deportación, me enfureció. Había escuchado sentimientos similares con demasiada frecuencia. Le lancé una mirada helada.

“¿Estás seguro de que no votarías por las propuestas de tu padre si tuvieras la oportunidad? Porque eso se parece mucho a algo que le escuché decir en las noticias”. Se estremeció como si lo hubiera abofeteado, pero no me detuve en mi silencioso discurso. “A pesar de la retórica popular en estos días, las personas que represento no son delincuentes, traficantes de drogas ni violadores. Son seres humanos. Las cosas que escucho y veo todos los días te harían estremecer. Pero, de nuevo, tal vez no si crees que se trata solo de cumplir con la ley”.

Fitz levantó las manos en señal de rendición.

“Mira, no quise decir nada. Estoy seguro de que es exactamente como tú lo dices. Seré honesto, no sé mucho sobre DACA”.

“Ese es el problema, la mayoría de la gente no sabe”, dejé escapar.

“Oye, retiro lo que dije, ¿de acuerdo? Incluso me aseguraré de leer más. Creo firmemente en conocer los hechos antes de hablar. Claramente, estuve fuera de lugar al respecto”.

Reteniendo mi molestia, respiré hondo y me pellizqué el puente de la nariz.

“Mira, no quise decirlo. Tal vez lo que dijiste fue completamente inocente, pero este es un tema demasiado candente para mí. Es una pelea que tengo todos los días”.

“No hay necesidad de explicarlo. Lo entiendo. Realmente lo hago”.

Volví a echar otro vistazo a mi reloj. Habíamos estado hablando durante casi una hora. Y, apenas tenía tiempo suficiente para llegar a casa, ducharme y llegar al trabajo a tiempo. Además, necesitaría más que unos pocos minutos para procesar todo. Verlo, hablar con él, la corriente eléctrica en el aire, todo era extraño pero familiar. Era como si diecisiete años no hubieran pasado en absoluto. Había entrado en la cafetería con los nervios destrozados, pero nos pusimos cómodamente a conversar en cuestión de minutos. Y realmente fue fácil, fuera de mi pequeño estallido político.

Estaba más que confundida. Verlo de nuevo y saber que estaba tan cerca me destrozó por dentro. Mi plan para conocerlo parecía haber fracasado. No solo estaba atormentada sobre qué hacer con Kallie, sino que ahora mi cerebro estaba confundido con imágenes de un joven Fitz y el hombre que estaba sentado frente a mí. Había pasado tanto tiempo. El dolor devastador que sentí en ese entonces debería haber disminuido con el tiempo, pero al verlo de nuevo me di cuenta de que realmente nunca

pasé página. Era el padre de mi hija, aunque él no lo supiera, y siempre sería el guardián de mi corazón debido a eso.

“Ha sido genial ponernos al día, pero realmente tengo que correr”, le dije.

Extendió la mano sobre la mesa y tomó mi mano, sus dedos eran cálidos y fuertes, su agarre se sentía perfecto. Cuando presionó su palma más cerca de la mía, sentí que algo plano y liso entraba en contacto con mi piel. Miré hacia abajo.

“Toda mi información de contacto está en esta tarjeta. Quiero verte de nuevo, Cadence”.

“Fitz, yo...”.

“Llámame”, insistió mientras se levantaba. Su tono era firme y completamente sin complejos.

Inclinándose, presionó un ligero beso en mi frente. Contuve el aliento. Todo a nuestro alrededor parecía desvanecerse. Todos los otros clientes en la cafetería no eran más que un telón de fondo para él. Lo único de lo que yo era consciente era del hombre alto, de cabello oscuro y hombros anchos cuyos labios tocaban mi cabeza.

El beso fue breve y se apartó casi tan rápido como se había inclinado, pero sus ojos grises y acerados se quedaron en mi cara. Su mirada era penetrante, absorbiéndome como si estuviera tratando de recordarme. Le devolví la mirada, encontrándome perdida en el universo infinito sostenido en su mirada. Me estremecí.

Después..., se alejó.

Permanecí allí durante otros cinco minutos, mirando distraídamente la tarjeta que me había dado, después de que mi mundo ordenado se volcara por completo.

8

FITZ

Llegué tarde a mi oficina. Decir que me sacudieron los acontecimientos de la mañana, era insuficiente. Nunca pensé que volvería a ver a Cadence. Claro, había pensado en contactarla a lo largo de los años, pero luego la vida parecía pasar. Me había ocupado con Austin y en construir mi compañía. Antes de darme cuenta, había pasado más de una década.

Sin embargo, ella nunca había estado lejos de mi mente. Habían pasado diecisiete años, pero los recuerdos de ella nunca dejaron de acosarme. Ella era mi tormenta silenciosa, la cara que había atormentado mis sueños durante tantos años. Nunca olvidaría sus dulces labios cuando me miró con una sonrisa tímida o la vulnerabilidad mostrada en sus ojos verde esmeralda cuando confesó que nunca había sido besada adecuadamente. Sabiendo que había sido la primera persona en besar la suave curva de su cuello, sentir sus apretados pezones contra mi lengua, escuchar el grito de sorpresa de su primer orgasmo nunca dejaba de ponerme duro. Ahora que la había vuelto a ver, el recuerdo de lo que una vez fue, era más duro y rápido que nunca.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.